

RENOVAR NUESTRAS COMUNIDADES CRISTIANAS

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA-PASCUA, 2005

SUMARIO

INTRODUCCIÓN (n. 1)

- Conversión y renovación (n. 2)
- Una renovación a fondo (n. 3)
- Los destinatarios de la Carta Pastoral (n. 4)
- Estructura de la Carta (n. 5)

I.- RADIOGRAFÍA DE NUESTRAS COMUNIDADES ECLESIALES

1. Una mirada analítica (n. 6)

- 1.1. Los creyentes motivados y comprometidos (n. 6)
- 1.2. Los cristianos practicantes (n. 7)
- 1.3. Los practicantes ocasionales (n. 8)
- 1.4. Los alejados de la vida de la comunidad (n. 9)

2. Una aproximación global (n. 10)

- 2.1. Signos alentadores (n. 11)
 - 2.1.1. *En el ámbito estricto de la Iglesia* (nn. 11-12)
 - 2.1.2. *En el amplio mundo religioso* (nn. 13-14)
- 2.2. Signos preocupantes (n. 15)
 - 2.2.1. *Una crisis religiosa global* (n. 15)
 - a) Crisis de creencias (n. 16)
 - b) Crisis de las normas morales (n. 17)
 - c) Crisis de la práctica religiosa (n. 18)
 - d) «¿Crisis de Dios?» (n. 19)
 - 2.2.2. *Un proceso de secularización interna* (nn. 20-21)
 - 2.2.3. *Una institución eclesial debilitada* (nn. 22-23)

II.- LAS RAÍCES DE NUESTRA ACTUAL SITUACIÓN

1. **Un cambio primordialmente cultural** (n. 24)
2. **Cambios múltiples** (n. 25)
 - 2.1. Crisis de tradición (n. 25)
 - 2.2. Crisis de instituciones (n. 26)
 - 2.3. El individualismo (n. 27)
 - 2.4. La tendencia nihilista de nuestra cultura (n. 28)
 - 2.5. «Producir y consumir» (n. 29)
3. **Las debilidades e infidelidades de la comunidad cristiana** (n. 30)
 - 3.1. El descuido de la experiencia de la fe (n. 30)
 - 3.2. La difuminación de los contenidos nucleares de la fe (n. 31)
 - 3.3. La crisis del seguimiento (n. 32)
 - 3.4. El predominio de la ética sobre la fe viva (n. 33)
 - 3.5. La tendencia a la fragmentación (n. 34)
 - 3.6. Reacciones inadecuadas ante el impacto cultural (n. 35)

III.- LECTURA CREYENTE DE NUESTRA SITUACIÓN ECLESIAL

- A) ALGUNAS CLAVES DE LECTURA (n. 36)
 1. Una prueba dolorosa (n. 36)
 2. Un desafío colosal (n. 37)
 3. «Derribados, pero no abatidos» (n. 38)
 4. La Religión pervive (n. 39)
 5. El Espíritu actúa en el mundo y guía a la Iglesia (n. 40)
 6. Tiempo de conversión (n. 41)
- B) UNA ESPIRITUALIDAD PARA NUESTRA ÉPOCA (n. 42)
 1. Una espiritualidad de la confianza, no del optimismo (n. 42)
 2. Una espiritualidad de la fidelidad, no del éxito (n. 43)
 3. Una espiritualidad de la responsabilidad, no del culpabilismo (n. 44)
 4. Una espiritualidad de la esperanza, no de la nostalgia (n. 45)
 5. Una espiritualidad de la paciencia, no de la prisa (n. 46)
 6. Una espiritualidad del aprecio de lo pequeño, no de la ambición de lo grande (n. 47)
 7. Una espiritualidad de la sintonía, no de la distancia (n. 48)
 8. Una espiritualidad de la sanación, no de la condena (n. 49)

IV.- LAS CLAVES DE UNA VERDADERA RENOVACIÓN (n. 50)

1. **Una fe ungida por la experiencia** (n. 51)
 - 1.1. Necesaria (n. 51)

- 1.2. Qué experiencia (n. 52)
- 1.3. Iniciar y reiniciar (n. 53)
- 1.4. Aprender a orar (n. 54)

2. Una fe trabajada por el seguimiento (nn. 55-56)

3. Una fe vivida en comunidad (n. 57)

- 3.1. ¿Colectividad o comunidad? (n. 57)
- 3.2. La comunidad es necesaria para vivir la fe (n. 58)
- 3.3. A imagen y semejanza de las comunidades del NT (n. 59)
- 3.4. Comunidades y comunidad (n. 60)
- 3.5. Hacia una mayor y mejor comunicación (n. 61)

4. Una fe urgida a la evangelización (n. 62)

- 4.1. Nueva evangelización (n. 62)
- 4.2. Los motivos del impulso evangelizador (n. 63)
- 4.3. Los interlocutores de hoy (n. 64)
- 4.4. Cómo evangelizar (n. 65)
- 4.5. Con los pobres al fondo (n. 66)

V.- APUNTES PARA CONCRETAR NUESTRAS OPCIONES (n. 67)

1. Un estilo pastoral renovado (n. 68)

- 1.1. Más espiritual (n. 68)
- 1.2. Más evangelizador (n. 69)
- 1.3. Más comunitario (n. 70)
- 1.4. Más corresponsable (n. 71)
- 1.5. Más personalizado (n. 72)
- 1.6. Cuidar a los evangelizadores (n. 73)

2. Renovar las grandes tareas eclesiales (n. 74)

- 2.1. El servicio a la Palabra de Dios (n. 74)
- 2.2. La Celebración (n. 75)
- 2.3. La acción caritativa y social (n. 76)

3. Remodelar algunas estructuras pastorales (n. 77)

- 3.1. Abrir la parroquia (n. 78)
- 3.2. Las Unidades Pastorales o supraparroquiales (n. 79)
- 3.3. El equipo pastoral o ministerial (n. 80)
- 3.4. Impulsar asociaciones y movimientos laicales (n. 81)
- 3.5. Reavivar y reinsertar los carismas de la vida religiosa (n. 82)

CONCLUSIÓN (n. 83)

INTRODUCCIÓN

1. La conversión a Jesucristo y a su Evangelio no es un episodio puntual y pasajero de la vida cristiana, sino un proceso constante y necesario. Son innumerables las páginas del Antiguo Testamento en las que somos invitados reiteradamente a convertirnos a Dios.¹ Jesús inaugura su ministerio público con el mismo mensaje: «*El Reino de Dios está llegando: convertios y creed en el Evangelio*».² La llamada enérgica de Jesús es repetida con alta intensidad y frecuencia a lo largo de todo el Nuevo Testamento.³ Vivir en cristiano consiste en convertirse continuamente. Este axioma es válido para las personas, las comunidades y las mismas instituciones de la comunidad del Señor.

Hay una época del año litúrgico en la que se vuelve más explícita y apremiante la llamada de Dios a la conversión: la Cuaresma. En ella, Dios mismo, a través de la Iglesia, nos ofrece más abundantemente su Palabra, la gracia del Sacramento de la Reconciliación, la Eucaristía que consolida nuestro retorno al Señor. En ella, la Iglesia nos exhorta a orar más y mejor, a practicar la austeridad que nos hace más sensibles ante la voz de Dios y a desprendernos más generosamente de nuestros bienes en favor de los necesitados. La Cuaresma es, pues, «tiempo fuerte» de conversión.⁴

Conversión y renovación

2. La Escritura utiliza una gran variedad de términos para designar este rasgo esencial de nuestra vida cristiana.

Convertirse es retornar a Dios,⁵ purificarse,⁶ reconciliarse,⁷ cambiar de orientación vital.⁸ Cada una de estas expresiones evoca mejor que las demás alguno de los múltiples aspectos de la conversión cristiana. Una de ellas recoge más explícitamente el aspecto que quisiéramos subrayar en esta Carta Pastoral: en los escritos del Nuevo Testamento *convertirse equivale a renovarse*.

En varios pasajes, el apóstol Pablo, en sintonía con todo el Nuevo Testamento, nos apremia a renovarnos interiormente despojándonos del «hombre viejo» y revistiéndonos del «*hombre nuevo creado a imagen de Dios para llevar una vida santa*».⁹

¹ Jr 3, 19-25

² Mc 1, 15

³ 2 Co 5, 20; Ap 2-3

⁴ Cfr. 2 Co 6, 2

⁵ 1 P 2, 25

⁶ Ez 36, 25 ss

⁷ 2 Co 5, 18

⁸ Mt 4, 17

⁹ Ef 4, 22-24

Convertirse es, pues, para Pablo, transformarnos en hombres y mujeres nuevos. El vocabulario por él utilizado nos aclara que la renovación no consiste en crear *otros* creyentes y otras comunidades, sino en hacer que estos creyentes y estas comunidades sean «*otros*», es decir, más impregnados de la pasión por Dios, más tocados por la debilidad hacia los pobres, más modelados en su conducta por los valores evangélicos, más auténticos testigos de la fe.

Una renovación a fondo

3. La perspectiva paulina de la conversión nos resulta altamente iluminadora y actual en un momento en el que nuestras diócesis están empeñadas en un proceso de renovación espiritual y de remodelación pastoral.

En efecto, la renovación postulada por San Pablo no consiste ni en inventar ni en restaurar ni en retocar la vida cristiana personal o comunitaria. La Iglesia está ya inventada, aunque necesitamos creatividad, valentía y paciencia para colaborar con el Espíritu en su renovación. La Iglesia no necesita ser restaurada según el modelo de tiempos recientes ya caducados, aunque habrá de redescubrir y reincorporar valores evangélicos que se han debilitado en ella. La Iglesia necesita algo más que simples retoques que dejan prácticamente intactas sus brechas y sus heridas actuales; habrá de implicarse en una renovación profunda que le conduzca a aceptar a Jesucristo como único Señor y a situarse en actitud de servicio evangélico a la comunidad humana.

Los destinatarios de la Carta Pastoral

4. Al escribiros este mensaje pensamos, en primer lugar, en el núcleo vivo de nuestras comunidades que comparten con nosotros la misma fe y el mismo amor y preocupación activa por la Iglesia. Son nuestros primeros destinatarios. Quisiéramos ofrecerles alguna claridad en tiempos de bruma y confortar su esperanza. Tenemos también ante nuestra mirada a los numerosos practicantes habituales que celebran con nosotros la Eucaristía dominical y necesitan ser invitados a una vida cristiana más evangélica, más activamente corresponsable en la Iglesia y más interpeladora para la sociedad. Nos dirigimos además a aquellos bautizados que mantienen una fe siquiera debilitada y unos vínculos circunstanciales con la comunidad eclesial, con el ánimo de ayudarles a descubrir la verdad, la belleza, la bondad y la dicha de ser auténticos cristianos y con el propósito de advertirles del riesgo de ir perdiendo progresivamente su fe.

Deseamos asimismo establecer un diálogo con aquellos increyentes que experimentan con alguna frecuencia una insatisfacción por su modo de vivir y se preguntan a sí mismos si eso es todo lo que hay que hacer en esta vida y todo lo que se puede esperar

de ella. Quisiéramos mostrarles que, gracias a Aquél que murió y resucitó por nosotros, vivir es mucho más que eso. No podemos olvidar, en fin, a aquellos otros increíbles entregados a causas nobles que constituyen para ellos verdaderas «religiones sin Dios»: la búsqueda de la verdad, el compromiso por la justicia y la práctica de la solidaridad. Apreciamos su honestidad y generosidad y queremos mostrarles «el Dios desconocido» que está en el fondo de sus mejores inquietudes.

Estructura de la Carta

5. El primer capítulo quiere responder a la pregunta: ¿«cómo estamos»? Intenta ser una mirada *descriptiva* de la situación de nuestras comunidades eclesiales (parroquiales y no parroquiales) y de los creyentes que las componen. Esta mirada pretende ser, al mismo tiempo, analítica y sintética. Por ser analítica, describirá la variada gama de creyentes que se extiende desde la adhesión honda a la fe y a la comunidad hasta los umbrales mismos de la indiferencia religiosa. Por ser sintética recogerá aquellos rasgos, desafíos, problemas y deficiencias que afectan globalmente a nuestras comunidades diocesanas. Vamos a encontrarnos con un panorama que si en algunos puntos es alentador, resulta en otros muchos gravemente preocupante.

El segundo capítulo quiere *explicar* por qué nos hallamos hoy en esta situación. Retratemos y valoremos el ambiente que nos envuelve, poderoso y altamente modelador de la mentalidad, la sensibilidad, las actitudes y los comportamientos de creyentes e increyentes. Junto a estas causas exteriores anotaremos y valoremos algunos factores interiores a la misma Iglesia que han contribuido también a su actual situación.

El tercer capítulo será, más bien, *interpretativo*. Diseñará una lectura creyente de «la noche» por la que pasan nuestras Iglesias. Al mismo tiempo destacará los «signos del nuevo día» que empieza a entreverse en sus sombras. Y esbozará algunos rasgos de la espiritualidad reclamada por la estructura misma de nuestra fe y por la coyuntura de nuestro tiempo.

La situación de la sociedad y de la misma Iglesia están reclamando que adoptemos o consolidemos unas *opciones básicas* necesarias para que la comunidad cristiana y sus miembros mantengamos y aquilatemos, en tiempos de crisis, nuestra identidad, ofrezcamos el Evangelio de Jesús y contribuyamos a humanizar nuestro mundo. Identificar y describir estas opciones constituirá el meollo de un nuevo capítulo: el cuarto.

De unas opciones básicas asumidas con coherencia se deriva la elección de unas *actividades prioritarias* que sean una parcial y modesta encarnación de aquellas

opciones. No podemos hacerlo todo. Hemos de concentrarnos en lo fundamental y realizarlo de manera adecuada. El capítulo final se propone enumerar y exponer estas prioridades.

I.– RADIOGRAFÍA DE NUESTRAS COMUNIDADES ECLESIALES

1. Una mirada analítica

6. Renovar las comunidades eclesiales presupone conocer su situación, su temperatura creyente y eclesial. Tal situación no es homogénea, sino variada. Una radiografía elemental de nuestras diócesis refleja niveles de fe y de vida cristiana muy diferentes. Vamos a describirlos sucintamente.

1.1. *Los creyentes motivados y comprometidos*

Son el núcleo central y más vivo de nuestras comunidades. Nos conforta su adhesión viva a Jesucristo, su servicio a la comunidad cristiana y su generosidad en el compartir. Tienen una sensibilidad religiosa despierta, que se refleja en una práctica orante diaria o frecuente. Buscan una mayor formación que les ayude a vivir una auténtica vida cristiana en la familia, en el trabajo, en las pruebas de la vida, en el uso de los bienes. Su fe constituye un auténtico estímulo que les induce a asumir compromisos de servicio dentro de la comunidad cívica o de la comunidad eclesial.

Sienten preocupación dolorida ante la creciente debilidad de la Iglesia, a la que aman mucho. Es su casa. Experimentan esta debilidad en miembros de su misma familia y sufren por ello. Se preguntan si en un futuro próximo el declive de la fe no va a reducir a la Iglesia a un residuo sin relieve. Quisieran que esta Iglesia fuese más evangélica, menos clerical, más participativa. A pesar de ello siguen en la brecha con tenacidad y fidelidad. Encuentran en la fe y en la oración consuelo y fortaleza.

Ciudadanos de esta sociedad concreta e impregnados de su sensibilidad, no todos sintonizan siempre fácilmente con algunas formulaciones doctrinales y morales de la Iglesia. Pero esta tensión, nacida de su pertenencia a la comunidad humana y a la comunidad cristiana es bien asumida. Una actitud hecha de fidelidad y de libertad es su talante habitual.

Este núcleo ha crecido mucho en los dos últimos decenios. Son muchos miles; más numerosos los que se comprometen en tareas eclesiales que los que se implican en virtud de su fe en la humanización de la sociedad a la que se sienten enviados por el

Señor. Tal vez la tentación mayor de este primer grupo es la desesperanza ante el rumbo de la sociedad y el debilitamiento evangélico del conjunto de la comunidad cristiana. Con frecuencia tienden a acentuar más los males eclesiales y sociales que a identificar sus aspectos luminosos.

Son un tesoro para la Iglesia, un consuelo y esperanza para sus pastores.

1.2. *Los cristianos practicantes*

7. Se mantienen fieles a la práctica semanal de la Eucaristía. Un buen número responden también a otras convocatorias: catequesis cuaresmal, celebraciones de la Penitencia, marchas a Santuarios, Vía Crucis, Asambleas parroquiales... Colaboran económicamente con la comunidad cuando se trata de necesidades eclesiales y sociales. Se muestran bastante sensibles afectiva y activamente a la miseria del Tercer Mundo. Con todo, se sienten más bien destinatarios de unos servicios religiosos que miembros habitualmente activos de la comunidad eclesial.

Es un grupo todavía muy numeroso, pero en neto y continuo descenso. Los porcentajes en nuestras diócesis son desiguales, pero progresivamente bajos. Resulta patente y preocupante la débil presencia de jóvenes y de la generación entre los 30 y los 50 años.

Bastantes pertenecen a generaciones para las cuales la Misa dominical entra como una pieza natural dentro del programa de la semana. La práctica religiosa es para ellos una valiosa herencia que han recibido. Se han identificado vitalmente con ella y quieren sinceramente conservarla, porque «forma parte de su mundo» y es signo especial de su fe. Otros continúan fieles a esta práctica cuando muchos de su generación se han ido descolgando por desidia, por decepción, por enfriamiento de su fe. Sienten que ésta «les dice algo». Su fidelidad a este Encuentro cristiano fundamental no es, pues, fruto de la mera costumbre, sino una opción personal.

Los cristianos practicantes oran, siquiera de manera simple, vocal y frecuente, sobre todo en momentos de emergencia. Su espiritualidad, aunque sólida, es bastante elemental. Tantos años de escucha de la Palabra y de la predicación han dejado en ellos la herencia de criterios y actitudes honestas y cristianas. Con todo, la influencia del ambiente cultural y de las formas de vivir actuales se deja sentir en el pensamiento, la sensibilidad y el comportamiento de bastantes. La adhesión mental y práctica a determinadas pautas morales de la Iglesia no es tan clara ni tan generalizada sobre todo en el campo de la ética sexual, familiar y social. Tales incoherencias no deterioran, sin embargo, en ellos la conciencia, el afecto confiado y la voluntad de pertenecer a la Iglesia. Se autodenominan sin vacilaciones «católicos practicantes».

Al ser, con mucho, el más numeroso, este grupo contribuye decisivamente a la creación de la imagen social de la comunidad cristiana. Por un lado, al congregarse cada domingo para la Eucaristía, constituyen el rostro tal vez más visible y habitual de la Iglesia. Si su número siguiera descendiendo la misma visibilidad de la Iglesia quedaría desdibujada. Por otro lado la mediocridad cristiana de bastantes practicantes difumina sensiblemente el testimonio evangélico, que es razón de ser de la Iglesia.

1.3. *Los practicantes ocasionales*

8. Un considerable porcentaje de bautizados (aproximadamente un tercio según los sondeos realizados) se desentienden del Encuentro semanal de la Eucaristía. Su práctica religiosa pública queda reducida a la celebración litúrgica de momentos especiales de su existencia por medio del bautismo, la primera comunión, el matrimonio o los funerales. En unos, el desarraigo de su parroquia de origen, las exigencias del ocio en los fines de semana, la «normalización social de la inasistencia» y otros factores han producido este desenganche. En otros, más jóvenes, la costumbre de la Misa dominical apenas ha existido en la historia de su vida. La escasa apetencia religiosa es uno de los caracteres preocupantes de este grupo. No por ello se sienten desligados del todo de la comunidad cristiana. Es más: «*quieren que en nuestra sociedad exista la Iglesia institucional y los valores que representa*». ¹⁰ En las encuestas se califican a sí mismos como «católicos no practicantes». Pero sus lazos reales con la comunidad son, por lo general, débiles. Poco conectados con ella, son propensos a compartir en cierta medida con el ambiente una imagen poco positiva de la comunidad eclesial y de sus pastores. Sus criterios y comportamientos morales no parecen distinguirse significativamente de los del conjunto de la sociedad. Su espiritualidad es, en muchos casos, bastante pobre.

Tres rasgos de valor incalculable subyacen sin embargo en estos «creyentes desvanecidos». Cuando son interpelados acerca de su fe responden inmediatamente que son creyentes. Hay un «algo» precioso, que los mantiene ligados a una fe siquiera fragmentada e imprecisa y que les vincula también a la Iglesia a la que no quieren dejar de pertenecer. El segundo rasgo es la oración. Los estudios sociológicos muestran que un buen porcentaje ora eventual o esporádicamente, a veces intensamente. El tercer rasgo es la inquietud religiosa que se despierta en una proporción numérica no desdeñable cuando, con ocasión de los sacramentos de los hijos, se sienten invitados a repensar su actitud religiosa. Sin embargo, estos tres tesoros parecen más bien restos de un naufragio. Los sociólogos observan que, año tras año, estos «católicos no practicantes» van pasando a engrosar el grupo de los indiferentes.

¹⁰ M. KEHL, *Adónde va la Iglesia*, Ed. Sal Terrae (Santander 1997), p. 143.

1.4. *Los alejados de la vida de la comunidad*

9. Hay todavía un grupo de bautizados cuyos vínculos con la fe y la Iglesia son más tenues, casi inexistentes. Muchos de ellos afirman creer en Dios. Pero su rostro no tiene trazos vigorosos. Es una especie de sol mortecino. El nombre de Dios no les es ni familiar ni movilizador. Más que creer *en* Dios, creen *que* Dios existe. Esta creencia no tiene influencia ninguna en su diario vivir. Algunos tienen de Él una imagen nebulosa y desdibujada, de rasgos apenas personales. «Tiene que haber Algo» es su expresión socorrida. Otros están incluso cercanos al agnosticismo: «creo que existe, pero no estoy muy seguro». Jesucristo es para ellos un personaje de una talla mental y moral excepcional pero no están muy convencidos de que sea el Hijo de Dios. Del Evangelio aprecian casi exclusivamente sus valores morales de signo humanista. El conjunto del mensaje cristiano les parece una construcción mental tejida, a lo largo de los siglos, en torno al recuerdo de Jesús. La oración no tiene cabida en sus vidas, salvo en momentos muy críticos y angustiosos.

Se autocalifican cristianos y católicos. Pero estas expresiones tienen en ellos un sentido casi exclusivamente sociológico. Tienen conciencia, más o menos explícita, según su nivel cultural, de pertenecer a esa tradición occidental que tuvo al cristianismo y a la Iglesia como su principal matriz y su aliento inspirador. Quieren seguir perteneciendo a esa tradición cultural que les ha modelado. Cuando en ocasiones, más bien excepcionales, se acercan a la Iglesia, pretenden expresar y mantener su pertenencia a dicha tradición. Son «católicos sin Iglesia, sin Cristo Salvador y sin Dios Padre».¹¹

Han llegado a su situación actual a través de muchos caminos. El abandono de la práctica les privó del contacto cercano con testigos vivos de la fe. Un concepto estrecho de la razón, que no admite como razonable lo que es misterioso, ha ido vaciando por dentro el edificio de su fe temprana, como las grandes termitas carcomen la pulpa de los árboles en un bosque tropical: quedan el tronco y el ramaje casi vacíos. Una forma de vivir que se mueve en los espacios de una familia, una profesión y unas relaciones sociales, que no les suscitan preguntas más radicales, les asienta en su posición.

2. Una aproximación global

10. Era muy conveniente identificar y describir a los diferentes grupos de cristianos que forman parte de nuestras diócesis para no ser imprecisos ni injustos. Pero la descripción antedicha no nos permite detectar con suficiente nitidez fenómenos importantes y generales que están sucediendo tanto en el ámbito de la Iglesia como en el amplio mundo de la misma Religión. Aproximarnos a ellos es necesario para tomar de verdad el pulso a nuestras comunidades. Algunos son signos alentadores. Otros, en cambio,

resultan muy preocupantes. Es preciso recoger unos y otros para evitar al mismo tiempo un optimismo que no quiere ver la realidad en toda su crudeza y un abatimiento que sólo registra datos sombríos del panorama eclesial.

2.1. *Signos alentadores*

2.1.1. *En el ámbito estricto de la Iglesia*

11. Existen en todos los rincones de nuestras Iglesias realidades evangélicas que certifican la presencia viva y activa del Espíritu Santo. La Palabra de Dios comienza a ser mejor conocida y más estimada que en épocas pasadas. A pesar de que no ocupa todavía el puesto central que se merece, va convirtiéndose efectivamente paso a paso en «*sustento y vigor de la Iglesia*».¹² Se multiplican las sesiones de iniciación a su lectura personal y comunitaria. Muchos creyentes están descubriendo con alegría la Palabra del Señor y experimentan su eficacia salvadora. Devolver la Palabra al pueblo creyente es un viejo deber de sus pastores.

Algo semejante sucede con la misma teología. El número de laicos/as que se acercan a servicios de formación ofrecidos por nuestras Iglesias es notable y creciente. El deseo de conocer mejor el meollo de nuestra fe, la inquietud por disipar dudas y malentendidos, la voluntad de llevar una vida cristiana más coherente y la preocupación por «formarse mejor para formar mejor» motivan a los que buscan este servicio eclesial.

Es verdad que bastantes asistentes a la Eucaristía dominical la encuentran tediosa y repetitiva. Sin embargo, a pesar del largo camino que nos queda por recorrer, es indudable que la calidad de su celebración ha mejorado en muchos lugares. En general, las moniciones, los cantos, el ritmo, la participación, la proclamación de la Palabra, la misma preparación han ganado en dignidad y cuidado.

La solidaridad afectiva y efectiva con los excluidos y marginados es un signo inequívoco de humanismo y una piedra de toque imprescindible de nuestra fe. Todos los indicadores revelan que en este punto la «temperatura media» de los cristianos es más alta que la del conjunto de la sociedad. Nuestras Cáritas son vigorosas y creativas y constituyen uno de los rostros de la Iglesia más reconocidos por la sociedad. El número de cristianos implicados en iniciativas de solidaridad, eclesiales y cívicas, es notable. El desprendimiento económico de la comunidad cristiana a favor de los necesitados alcanza una parte muy substancial de sus ingresos reales. La aportación a «Manos Unidas» y otras organizaciones en favor del Tercer Mundo, es extraordinariamente generosa. Es verdad que los pobres no están todavía en el centro de nuestras comunidades en torno al Señor. Es asimismo verdad que están cada día más cerca.

¹¹ Cfr. *Ef* 2, 12

¹² CONCILIO VATICANO II, *Dei verbum*, n. 21.

12. En los veinte últimos años el número de laicos implicados en tareas de colaboración pastoral se ha multiplicado. Las puertas para favorecer su formación y su verdadera corresponsabilidad están cada vez más abiertas. Notamos, sin embargo con preocupación, que el relevo de las generaciones de ayer se torna cada día más difícil. La resistencia al compromiso estable es hoy común en toda la sociedad. Cada vez cuesta más encontrar gente dispuesta para formar parte de un comité de empresa, para militar en un partido político, para presentarse en una candidatura municipal, para formar parte de un consejo escolar, para renovar la directiva de un club deportivo. Y, por supuesto, para comprometerse en tareas y responsabilidades de una parroquia o de una obra eclesial.

La imagen de nuestra Iglesia es «directiva y poco participativa». La realidad va cambiando paso a paso. Casi todas nuestras parroquias tienen algún órgano colegiado en torno a sus presbíteros: un Consejo de Pastoral o una Junta parroquial. Casi todas las obras de los religiosos tienen también sus Consejos. El Consejo Pastoral Diocesano es una realidad asentada. Es cierto que quedan todavía reflejos autoritarios y decisiones tomadas en soledad. Queda un trecho para que arraigue entre nosotros una «cultura» participativa y corresponsable.

La misma situación de la Iglesia, carente del respaldo de las instituciones civiles y del «viento a favor» del ambiente, nos está ayudando a ser más humildes y menos arrogantes, más transparentes y menos opacos en la información y comunicación.

En fin, la pacificación de estas tierras, marcadas por largos enfrentamientos; sacudidas por el terrorismo; testigos de la vulneración de derechos humanos individuales y colectivos; surcadas por sensibilidades políticas muy diferentes; poco trabajadas por el diálogo entre los partidos..., ha sido preocupación constante y activa de los responsables eclesiales y de muchos cristianos. El anhelo de una paz estable y justa es muy intenso y muy extendido en la comunidad católica.

La intemperie religiosa que padecemos en la atmósfera cultural de nuestro tiempo ha debilitado sin duda la fe de muchos. Los horrores de la historia de la humanidad en este último siglo (el holocausto nazi, los «gulags» comunistas, las matanzas de Rwanda y Sudán, la extensión pavorosa del SIDA así como las catástrofes naturales), golpean nuestra fe con más contundencia que muchos libros de los filósofos increyentes. Pero en muchos casos esta fe se ha purificado y ha pasado de ser simplemente heredada a ser más personal, más purificada y más trabajada.

2.1.2. *En el amplio mundo religioso*

13. El hombre y la mujer son, por su propia estructura, «deseo de Dios». Están diseñados para buscarle a tientas y encontrar su plenitud en Él. Por muy adversas que sean las circunstancias para que emerja este deseo, la orientación del ser humano a Dios tiene que dejarse ver, de manera más o menos patente o latente, incluso en ese grupo hoy muy numeroso que ni se pregunta ni se ocupa ni se preocupa de Dios. Podemos, pues, rastrear esta orientación a través de algunos indicios.

El primero de estos indicios nos lo ofrece el análisis mismo del deseo humano. En sus aspiraciones y proyectos, el hombre y la mujer de todos los tiempos y lugares se manifiesta, incluso sin saberlo, como un ser limitado dotado de un ansia ilimitada. A la luz de la fe cristiana, este desnivel entre lo que puede y lo que quiere, entre lo que busca y lo que encuentra no es, en absoluto, señal de que somos seres «mal hechos», sino el hueco en el que se revela la indestructible orientación del hombre a Dios. Él está, pues, en el horizonte de todo deseo humano. Cuando deseamos algo o deseamos a alguien estamos, aún sin saberlo, deseando a Dios.

No es, pues, extraño que este deseo de Dios se manifieste más o menos explícitamente en muchos de nuestros contemporáneos increyentes. En algunos de ellos aparece envuelto en la adhesión generosa a ideales que son para ellos más importantes que sus propios intereses personales. La lucha sostenida y pacífica por una sociedad más justa, la entrega abnegada y constante a los últimos de la tierra, la dedicación de una vida entera a promover la salud, la ciencia, la dignidad de la mujer, la habitabilidad del planeta, revelan la existencia en ellos de unos «valores absolutos». Tales valores no tienen para ellos rostro divino. Pero son sagrados. Desde una mirada creyente, tras ellos está Dios.

Otras personas, formadas en medios en los que Dios ha sido colocado más o menos «respetuosamente aparte» y cargadas por ello de dificultades mentales y vitales para abrirse a la fe, manifiestan un deseo más o menos patente de Dios, una nostalgia de su existencia, un querer que exista. Desde hace unos años es notable en varios países el número de jóvenes mayores y de adultos, apenas impregnados en su infancia por la propuesta cristiana, bien integrados en su familia, en su profesión y en su vida cívica, que se preguntan: «¿esto es todo? ¿No hay nada que dé un sentido global a mi vida y a mi muerte, al gozar y al sufrir, a las luchas, victorias y fracasos de la existencia? ¿Viviremos sólo ante nosotros mismos y ante los demás? ¿No viviremos ante Alguien?» No es desatinado aventurar qué inquietudes y preguntas semejantes anidan también, siquiera por temporadas o en momentos existenciales, en muchos de nuestros conciudadanos.

14. El auge increíble de los llamados «nuevos movimientos religiosos» ha sorprendido a propios y extraños. Nos aproximaremos más adelante a este fenómeno. Digamos ahora que este «revivir de lo religioso», a pesar de sus carencias, ambigüedades, contaminaciones y distorsiones, lejos de revelar una descomposición de la Religión, parece expresar una resistencia y una protesta del corazón humano ante un clima social y cultural asfíxiante, empeñado en explicar, dominar y parcelar la realidad del mundo y olvidado de contemplarlo como un todo, de respetarlo y de preguntarse por su origen y su destino. Los nuevos movimientos religiosos revelarían la apertura básica de los humanos a Algo o Alguien que nos desborda.

Hay tres experiencias humanas que desconciertan al hombre o a la mujer no religiosos y les pueden abrir a ese Misterio que les desborda. La primera se hace presente cuando nos sentimos como necesitados de agradecer algo que no es puro fruto de nuestro esfuerzo ni don de los demás y no sabemos a quién dirigir nuestro agradecimiento. Unos padres increíbles que han tenido un hijo, ¿no sienten la necesidad de dar gracias por este hijo que, además de fruto de su amor y trabajo de la naturaleza, es, sobre todo, regalo de Alguien? La segunda es la experiencia de la culpa. Por más que esfuerzos personales y corrientes culturales quieran acallarla ignorándola, aparece vinculada a nuestro proceder como la sombra va unida al cuerpo. ¿No necesita el ser humano confesar su falta, saberse perdonado por Alguien, ser aceptado con sus errores y verse de nuevo restituido en su dignidad perdida? La tercera es la muerte de los seres queridos. Supone una ruptura, siquiera corta, con nuestra vida ordinaria hecha de trabajo, de ocio, de proyectos. Se ve la vida desde otra posición. Ayuda a apreciar más algunos valores olvidados y a no afanarse tanto por otros objetivos menos valiosos. Es momento propicio para enfrentarnos con la pregunta: «¿qué sentido tiene vivir si todo acaba así?».¹³

Voces significativas y autorizadas, hondamente preocupadas por la «profunda crisis de sentido que conmueve a la sociedad contemporánea», se alzan aquí y allá en el mundo alejado de la Iglesia y muestran su resistencia a reducir la vida humana a «producir, consumir y divertirse», cuando precisamente las conquistas humanas han conseguido *«aliviar el sufrimiento, mitigar la dureza del trabajo, expandir la posibilidad del conocimiento... Hemos desencantado el mundo para entregarlo a un mecánico engranaje de causas y efectos, de funciones y utilidades»* sin encarar *«el sentido del mundo ni percibir el misterio que lo trasciende. Durante siglos este misterio ha sido expresado bajo el nombre de Dios. Hay que plantear la cuestión de Dios»*.¹⁴

¹³ Cfr. *Gaudium et spes*, n. 10

¹⁴ A. MUTIS y J. RUIZ PORTELLA, Manifiesto «Contra la muerte del espíritu», en *El Cultural* (19-25 de julio de 2002), pp. 1-4.

2.2. *Signos preocupantes*

15. A pesar de los indicadores antedichos, la fe cristiana va debilitándose implacablemente en todo el occidente europeo. He aquí un hecho unánimemente reconocido por los observadores. Todos estos países sin excepción registran un notable debilitamiento. Estamos pasando en Europa un riguroso invierno religioso y eclesial. Veamos sus caracteres más salientes:

2.2.1. *Una crisis religiosa global*

La Religión es, a la vez, un conjunto de creencias, de normas morales, de prácticas, de símbolos, de valores, de sentimientos. El alma de todos estos elementos es la fe. Todos ellos y la fe misma, están hoy gravemente tocados por la crisis. Ésta es más profunda en los grupos humanos más alejados de la comunidad eclesial. Pero afecta también a grupos más próximos, incluso internos a ella.

a) Crisis de creencias

16. Por supuesto, un número muy notable de católicos asume íntegramente la fe de la Iglesia. Pero son cada vez más numerosos los creyentes que se van distanciando respecto de bastantes de sus contenidos. Apunta la reserva crítica y la sospecha respecto a bastantes afirmaciones medulares del Mensaje cristiano. La tendencia a escoger en el «supermercado de la fe» aquellos ingredientes de mi propio plato combinado es real y creciente. La «fe heredada» va convirtiéndose para muchos en «fe subjetiva». Algunos califican este fenómeno como «cisma soterrado».¹⁵

b) Crisis de las normas morales

17. Existe un grupo notable de católicos que aceptan «tal cual» todo el mensaje moral de la Iglesia. Pero, en esta área, el desmarque con respecto a la doctrina moral propuesta por aquélla es sensiblemente mayor. Tal desmarque no es una simple desviación de una conducta práctica que se aparta de las pautas morales. Numerosos cristianos, incluso practicantes, ponen graves reparos ante los criterios eclesiales relativos a la moral sexual, familiar y a la ética de la vida humana. En estos puntos el discernimiento moral que rige la conducta práctica se realiza sin atenerse, al menos suficientemente, a la doctrina eclesial. Es, con todo, sensiblemente más neta su adhesión, al menos teórica, a la doctrina social de la Iglesia e incluso a las líneas mayores de su mensaje moral.

¹⁵ I. ZUBERO, *El reto de la evangelización: dificultad y oportunidades*, Conferencia al Consejo Pastoral Diocesano de Bilbao (febrero 2004), p. 1.

c) Crisis de la práctica religiosa

18. He aquí el aspecto más visible de la crisis. El abandono de la Eucaristía dominical por parte de muchos es palpable y cuantificable. No es sólo un fenómeno nuestro. En los sondeos sociológicos conocidos, una mitad de los católicos se declaran «no practicantes». La práctica dominical ha descendido en diez puntos a lo largo de los diez últimos años. Algo análogo sucede, según afirmación unánime de los analistas, en todos los países del occidente cristiano europeo.

La edad media de los feligreses que vemos en nuestras celebraciones eucarísticas es, por lo general, elevada. La banda de asistencia entre los 15 y los 50 años es muy estrecha.

Dos sacramentos de la iniciación cristiana resisten por ahora esta erosión: el Bautismo y la Primera Eucaristía. Los porcentajes son todavía muy altos, aunque en algunas zonas comienzan a descender sensiblemente y los motivos por los que son solicitados no son exclusivamente religiosos. En muchos casos, ni siquiera son los principales. A pesar de los notables cuidados pastorales en torno al Sacramento de la Confirmación, el número de adolescentes y jóvenes que acceden a él, tras haber conocido recientemente un período de auge, está descendiendo sensiblemente. La celebración del sacramento del Matrimonio se mantiene en un 60%. La práctica individual del Sacramento de la Penitencia ha sufrido una merma muy notable. La celebración comunitaria se realiza al ritmo de los tiempos fuertes del año litúrgico. La Unción individual de los Enfermos ha descendido notablemente, mientras se han intensificado y dignificado las celebraciones comunitarias de este sacramento.

Con noble y justificado interés y éxito desigual, nuestras Iglesias locales ofrecen encuentros de preparación que intentan despertar la fe, con frecuencia adormecida, antes de recibir los sacramentos. Se revelan manifiestamente insuficientes para el fin que pretenden y mueven al desaliento a no pocos pastores y responsables.

Al tiempo que la participación litúrgica languidece, se mantienen y florecen entre nosotros algunas manifestaciones de piedad y religiosidad populares. Prenden no sólo en los católicos practicantes sino en muchos no practicantes, incluso próximos a la indiferencia. El atractivo religioso de nuestros santuarios, sobre todo marianos, es evidente, persistente y consolador. Los «Vía Crucis» del Viernes Santo congregan a creyentes de niveles muy diversos. Estos fenómenos constituyen un vínculo precioso, aunque insuficiente, de muchos creyentes de fe distraída con su Iglesia.

Las Cofradías parecen resurgir. Somos conscientes de sus múltiples motivaciones, de sus riesgos, de la necesidad y dificultad de su purificación. Creemos, con todo, que subsiste en ellas un «algo» de signo religioso que se resiste a ser adulterado. Atraen a un número notable de creyentes que no participan en la vida litúrgica de la comunidad.

Pensamos, asimismo, que pueden reflejar la necesidad de asideros, en tiempos de un cambio tan profundo y acelerado. Quienes se acercan a ellas parecen buscar «tierra firme» en determinadas formas de religiosidad colectiva heredadas de sus mayores. Necesitan atención y seguimiento.

d) «¿Crisis de Dios?»

19. En los ámbitos más alejados de la fe de la Iglesia, nos encontramos con bautizados y no bautizados sumidos en una total indiferencia religiosa. Tal situación fue ya prevista por el Vaticano II: «*Muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la Religión... Prescindir de ella no constituye, como en épocas anteriores, algo insólito o individual.*¹⁶ *No parecen sentir inquietud religiosa ni advierten por qué han de ocuparse de la Religión.*»¹⁷ Entre jóvenes y mayores la indiferencia ha adquirido en el último decenio amplitud y caracteres muy graves.

Los indiferentes no son ateos: el ateo niega a Dios; ellos no se pronuncian ni a favor ni en contra de Dios. Simplemente se despreocupan de la Religión. No les interesa. Sumergidos en las ocupaciones, preocupaciones, satisfacciones y frustraciones de la vida cotidiana, no se formulan preguntas que pudieran llevarles a los umbrales de una opción de fe. Ellos «profundizan en la superficie» de la existencia humana. Las encuestas detectan un 24% de nuestra juventud que se adhieren a esta respuesta: «*paso de Dios; no me interesa el tema; para mí, Dios no existe.*»

Los caminos por los que han llegado a esta estación en la que se han bajado del tren de la fe son diferentes. Unos se han ido «silenciosamente» por un abandono progresivo y nada reflexivo. Otros, más jóvenes, no han tenido apenas una conexión de alguna consistencia con la tradición creyente. Otros, tras un tiempo de conflicto interior entre la fe y la increencia, han llegado a la conclusión de que la fe, lejos de resolver los problemas importantes de la vida, es un obstáculo para desenvolvemos espontáneamente en este mundo. Bastantes se han identificado con una percepción del cristianismo como algo extraño, caduco y reaccionario. No faltan entre ellos algunos espíritus muy sensibles a la mediocridad, la infidelidad e incluso el escándalo de creyentes y pastores.

«*La indiferencia no constituye, como pensábamos en otros tiempos, una situación intermedia entre el creyente y el ateo, sino la forma más radical de alejamiento de Dios. Él ha dejado de ser problema: ni ocupa ni preocupa.*»¹⁸

¹⁶ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 7.

¹⁷ *Ibid.*, n. 19.

¹⁸ J. MARTÍN VELASCO, *La misión evangelizadora hoy*, Ed. Idatz (San Sebastián 2002), p. 66.

La extensión de la indiferencia ha conducido a algunos teólogos y analistas a detectar en el horizonte de Europa la emergencia de una nueva modalidad humana: «el hombre arreligioso» y a denominar la crisis religiosa que padecemos como «crisis de Dios» (J.B. Metz). Con todo, «*el hombre y la mujer de hoy son diferentes pero son humanos*».¹⁹ No es que el Emisor no llame ni que el receptor haya cambiado de onda; es que se encuentra estropeada la comunicación.

2.2.2. *Un proceso de secularización interna*

20. Las crisis antedichas manifiestan y reflejan una crisis de mayor calado que afecta en alguna medida a creyentes y pastores: la comunidad cristiana se está secularizando (mundanizando). Así lo declaró en su día nuestra Conferencia Episcopal: «*La cuestión principal a la que la Iglesia ha de hacer frente hoy en España no se encuentra tanto en la sociedad o en la cultura ambiental cuanto en su propio interior; es un problema de casa y no sólo de fuera*».²⁰ La Iglesia está llamada a ser secular, pero no a ser mundana. Ser secular significa ofrecer al mundo su mensaje y su colaboración humanizadora. Ser mundana significa acomodarse a los criterios, actitudes y comportamientos vigentes en la sociedad, desviándose de los criterios evangélicos. «*Si la Iglesia se vuelve idéntica al mundo... no tiene nada que decirle, sino repetirle maquinalmente lo que éste ya sabe*».²¹

En un cierto grado, esto está sucediendo en nuestras Iglesias. Tal sucede en la medida en que el bienestar se nos vuelve más necesario que la espiritualidad, la fe no es un valor a transmitir con respetuoso empeño en la familia, la Semana Santa se nos convierte en «vacaciones de primavera», los sacramentos son ante todo celebraciones familiares y nuestra fe tiene escasa incidencia en las opciones económicas y sociales que jalonan nuestra vida.

No queremos en absoluto subestimar las comunidades reales. Las conocemos y las apreciamos. Son gente honesta, de buena voluntad, no insensible a Dios ni a su conciencia. No queremos culpabilizarlas ni desalentarlas como si su debilidad se debiera primordialmente a su propia pasividad y no a la poderosa influencia del ambiente. Sabemos que es difícil «mantener el tipo» en esta sociedad. Nos duelen las deficiencias que comprobamos, así como nos alegran los signos de vida. Manifestamos con alegría que en todas hay cristianos de calidad y en casi todas un núcleo vivo, espiritual y entregado. Sabemos que es utópico pedir radicalidad evangélica a colectividades a veces numerosas y heterogéneas. Pero les debemos sinceridad y verdad. Al decirlo, reconocemos también nuestras deficiencias personales como creyentes y pastores.

¹⁹ Cfr. K. RAHNER, «El hombre actual y la religión», en *Escritos de Teología*, t. 6, Ed. Taurus (Madrid 1969), pp. 15-23.

²⁰ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, «Plan Pastoral 2002-2005», en *Ecclesia*, n. 3087, p. 195.

²¹ E. SCHILLEBEECKX, *Dios, futuro del hombre*, Ed. Sígueme (Salamanca 1971), p. 89.

Es preocupante la insuficiente incidencia de la fe en la existencia cotidiana de bastantes creyentes incluso practicantes. Su vida individual y familiar, su comportamiento al dictado de la propia conciencia moral, la disponibilidad para el servicio, no parecen ser en ellos «significativamente muy diferentes» por el hecho de su fe. Una minoría abultada y admirable «marca netamente la diferencia». Pero, en general, la coherencia entre la fe y la vida debería ser sensiblemente mayor en el conjunto de la comunidad creyente.

Hemos afirmado que dentro del gran grupo de católicos los niveles de vida cristiana son muy diversos. Pero, ¿no es cierto que, en una proporción considerable, la experiencia de Dios, la formación teológica, los vínculos con la Iglesia, la implicación sentida en el culto y el compromiso eclesial y social, son más bien modestos? ¿Será posible que los increyentes descubran en el rostro de estas comunidades la novedad liberadora y salvadora del Evangelio? Una cierta inapetencia religiosa no es, en alguna medida, patrimonio exclusivo de los alejados de la fe.

21. Uno de los signos de nuestras carencias espirituales y evangelizadoras es la gran dificultad que experimentamos al transmitir la fe a las jóvenes generaciones. Sería injusto atribuir a tales carencias la responsabilidad principal de esta impotencia. Muchos padres cristianos sufren y hacen lo indecible para comunicar a sus hijos, como saben y pueden, el tesoro de la fe cristiana. La cultura en la que están inmersos nuestros niños y jóvenes es casi un paisaje polar para despertar a la fe y crecer en ella. No podemos, sin embargo, omitir estas tres observaciones. La primera nos recuerda que el riesgo de que se interrumpa la cadena de la transmisión de la fe es hoy real entre nosotros. Supondría un desfallecimiento de la memoria cristiana en la sociedad. La segunda nos advierte que, generalmente, los niños y jóvenes sensibles a la fe proceden de familias sólidamente cristianas. Por desgracia, no podemos afirmar que todas las familias sólidamente cristianas tienen la dicha de ver crecer en la fe a sus hijos. Ni todos los colegios netamente cristianos y evangelizadores. Ni todas las parroquias que se dedican arduamente a la pastoral infantil y juvenil. La tercera observación registra que muchos padres no se empeñan demasiado en despertar religiosamente a sus hijos ni saben bien cómo hacerlo, puesto que ellos mismos están envueltos en un mar de ignorancia religiosa, dudas, ambigüedades e incoherencias.

La matriz de nuestras comunidades eclesiales muestra, asimismo, su déficit de vigor en una menor capacidad de engendrar asociaciones vivas que enriquezcan la vida cristiana de la comunidad y aporten oxígeno a la sociedad. Son muchos los grupos de laicos/as asociados, desde la Acción Católica hasta los llamados nuevos movimientos eclesiales. Pero es escaso el número de sus miembros en proporción a la totalidad de los católicos practicantes. Son grupos que toman muy en serio su fe y cuidan y acompañan con esmero la de sus miembros. Cada uno de ellos subraya aspectos fundamentales de la vida cristiana: bien sea la oración, la formación de sus adheridos, el servicio a la

comunidad cristiana o el compromiso con la sociedad. Tienen el riesgo de subestimar otros valores cristianos básicos. No son, por lo general, grupos enfrentados entre sí. Pero sería necesaria una menor dispersión, una mayor comunicación y, en algunos de ellos, un arraigo más sólido, más familiar y más confiado en la comunidad diocesana.

Es verdad: no son tiempos propicios para la militancia cívica ni para la militancia eclesial. Pero la calidad evangélica de la comunidad cristiana es el caldo de cultivo necesario para que nazcan en su seno grupos vivos y vivificadores.

Parecido vigor necesita una comunidad para que en ella puedan surgir vocaciones al ministerio presbiteral, a la vida consagrada, a las misiones. La atmósfera de la sociedad que envuelve e impregna a nuestros jóvenes está muy revuelta para que germinen vocaciones de esta naturaleza, necesarias para vigorizar la comunidad. Aunque el Espíritu Santo las suscita donde quiere y cuando quiere, la tierra de una comunidad enriquecida por una vida cristiana ferviente es el suelo connatural de estas vocaciones. ¿No necesita este suelo ser regado y abonado para alumbrarlas?

2.2.3. Una institución eclesial debilitada

22. La Iglesia católica ha sido reconocida durante siglos como una institución sólida que ofrecía a sus miembros una identidad muy precisa y mostraba una notable cohesión. En unos tiempos en los que se cuarteaban muchas instituciones valoradas en el pasado, también la Iglesia, como institución, está padeciendo una grave crisis.

Por una parte, el alto crédito que ella y sus responsables tenían en la sociedad ha bajado muchos enteros. Algunas posiciones mantenidas por la Jerarquía no sólo son discutidas y debatidas por una parte muy notable de la sociedad, sino que suscitan en ocasiones una sensible agresividad, por ser consideradas como interferencias indebidas en una sociedad adulta o como intervenciones dictadas por intereses corporativos empeñados en defender situaciones de verdadero privilegio. Es verdad que la voz de la Iglesia es escuchada con respeto cuando expone grandes principios morales o los aplica a situaciones como la guerra, el hambre y la miseria de continentes enteros. Es también cierto que el aprecio real de muchos ciudadanos es mayor que el aprecio reflejado en muchos Medios de Comunicación. Pero... son horas bajas las actuales para la credibilidad de la Iglesia. En los últimos años, la imagen de la Jerarquía ha sufrido un notable descenso en la escala de la valoración social.

Las mismas comunidades cristianas y sus pastores inmediatos han perdido gran parte del relieve que tenían en nuestras comunidades humanas. La gente cree conocer el Evangelio que predicán y no descubre en él novedad alguna. La Conferencia Episcopal de España afirma que la propuesta del Evangelio encuentra hoy menores dificultades de

acogida en personas no bautizadas, que no tienen conocimiento alguno de él, que en otras bautizadas para quienes les resulta «sabido y superado».

23. Es cierto, con todo, que gran parte de nuestra sociedad descubre en el rostro de la Iglesia algunos rasgos más amables: las acciones de Cáritas, el testimonio de los misioneros, el compromiso de los religiosos a favor de los últimos (p.e., los hogares para víctimas del SIDA). Muchos otros aspectos saludables y socialmente fructíferos (p.e., la Escuela cristiana), no son suficientemente reconocidos.

Pero la crisis de la institución eclesial no es sólo exterior. No consiste únicamente en la percepción que de ella tiene la sociedad, sino también en las tensiones internas entre la institución eclesial y la vida de bastantes de sus miembros. Parecen cancelados, al menos por ahora, los tiempos en los que ser cristiano se reducía básicamente a creer con fiadamente en el mensaje íntegro de Dios propuesto por la Iglesia, en atenerse fielmente a todas sus normas de comportamiento moral, en participar regularmente en su vida cultural y en colaborar dócilmente en sus obras apostólicas y sociales. El sentido crítico de muchos encuentra dificultades en la fe propuesta. La alta valoración de su autonomía les inmuniza ante ciertas normas morales. Los mandatos relativos a la celebración dominical y festiva chocan con una concepción más ancha de la ley y con la organización del ocio en los fines de semana. Los compromisos a favor de los necesitados se estrellan contra las exigencias del individualismo y del confort y contra jornadas laborales exigentes. En unos tiempos en los que se ha difuminado un tanto la neta diferencia entre creer y pertenecer, nos encontramos con la paradoja de creyentes que declaran no pertenecer a la Iglesia e increyentes que dicen pertenecer a ella.

Somos una Iglesia evangélica y apostólicamente debilitada en una sociedad poderosa. Pero *«ni el cristianismo del pasado fue tan sólido como se cree, ni el actual es tan débil como parece»*.²² Pablo nos recuerda además que *«cuando estoy débil, entonces soy fuerte»*, porque *«la fuerza (de Dios) se realiza en (nuestra) debilidad»*.²³

II.– LAS RAÍCES DE NUESTRA ACTUAL SITUACIÓN

24. ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Cuáles son los factores internos y externos a la Iglesia que han provocado la crisis actual? ¿Qué responsabilidad tenemos, por acción u omisión, la comunidad cristiana y sus pastores?

²² J. DELUMEAU, *Le christianisme va-t-il mourir?*, Ed. Hachette (Paris 1977).

²³ 2 Co 12, 9-10

1. Un cambio primordialmente cultural

La reacción espontánea que genera el panorama descrito en muchos creyentes sensibles y motivados, suele consistir en un sentimiento de culpabilidad individual y comunitario. La mediocridad de los cristianos, los escándalos de personas y grupos eclesiales, la visión corta de sus pastores, la falta de valentía para renovaciones de calado serían los principales motivos de nuestra situación actual. Habríamos convertido en rutina la novedad transformadora del mensaje del Señor.

Nadie puede negar que la comunidad cristiana y sus miembros (pastores y fieles) tenemos nuestra cuota de responsabilidad. El Vaticano II afirmó con vigor: *«En la génesis del ateísmo puede corresponder a los creyentes una parte no pequeña en cuanto que... por los defectos de su vida religiosa, moral y social debe decirse que han velado, más que revelado, el rostro de Dios y de la religión»*.²⁴

Con todo el mismo Concilio nos orienta también en otra dirección al decirnos que *«la misma civilización actual... puede dificultar a veces el acceso a Dios porque está demasiado enredado en las realidades humanas»* y porque *«adjudica indebidamente valor absoluto a algunos bienes humanos que son considerados como dioses»*.²⁵

Hoy existe una convicción compartida en virtud de la cual razones de orden cultural serían las causas principales de la actual situación de la fe. Así lo ve la Conferencia Episcopal de Francia: *«La crisis que atraviesa hoy en día la Iglesia se debe en buena medida a la repercusión en la Iglesia misma y en la vida de sus miembros, de un conjunto de cambios sociales y culturales rápidos y profundos que tienen una dimensión mundial»*.²⁶ Los poderosos resortes de nuestra sociedad han influido notablemente en la Iglesia. La visión moralista que atribuye primordialmente la situación de la Iglesia a nuestros pecados no es, pues, justa ni plenamente acertada.

Por otro lado, esta sociedad moderna y poderosa a la que pertenece nuestra Iglesia, es una sociedad en crisis, precisamente por la profundidad y la rapidez de los cambios sobrevenidos. Ellos constituyen tal vez la más severa y rápida ruptura cultural que se ha dado en la historia. No controla sino muy imperfectamente la deriva hacia la que le empujan sus mismos logros y fuerzas. Altamente rica en los medios de que dispone es profundamente pobre al diseñar sus propios fines. Estamos cambiando de mundo y de sociedad. Un mundo desaparece y otro está emergiendo, sin que exista ningún modelo preestablecido para su construcción. La Iglesia se encontraba bien insertada en el

²⁴ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 19.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL FRANCESA, «Proponer la fe en la sociedad actual», en *Ecclesia*, nn. 2.835-36, p. 125.

mundo que desaparece y permanece todavía desconcertada en el que se está alumbrando.

2. Cambios múltiples

25. No tenemos el propósito ni la competencia para ofrecer una imagen sistemática y completa de los cambios culturales acaecidos. Menos aún pretendemos demonizar la cultura de nuestro tiempo que aporta tantos y tan grandes bienes económicos, sanitarios, formativos, incluso morales (aunque, lamentablemente, no a toda la humanidad). Nuestra intención es más modesta. Nos remitimos a señalar algunos factores que han marcado especialmente nuestra vida creyente y eclesial.

2.1. *Crisis de tradición*

Algunos sociólogos sostienen que vivimos en una sociedad predominante y progresivamente post-tradicional. No se debilitan solamente algunas tradiciones, que se vuelven residuales o inexistentes. Es toda la tradición la que está cuestionada de raíz. La revisión crítica de todas las tradiciones realizada con una mirada no sólo cuidadosa, sino cautelosa e incluso suspicaz les ha «movido el suelo», hasta el punto de que nuestra sociedad va perdiendo memoria histórica y volviéndose «amnésica».

La tradición es necesaria para vincularnos con el pasado y proyectar el futuro. Da coherencia a la vida individual y social. Al ser compartida, ayuda a crear comunidad. Es fuente de moral porque nos asigna unas obligaciones para con los otros. Posibilita la comunicación entre los miembros de la comunidad porque les ofrece un fondo común de creencias, valores y prácticas que compartir.

Ciertamente hay tradiciones y tradiciones. No son todas igualmente bienhechoras. Una tradición muy rigurosa puede fácilmente coartar la libertad personal y frenar la creatividad y el progreso. Puede volverse esclerótica y convertirse en un corsé ortopédico para sus miembros. Cuando tal sucede, la adhesión a la tradición se vuelve tradicionalismo. Por eso las tradiciones necesitan ser actualizadas. Pero, en principio, son un saludable sostén de la humanidad.

No es extraño que la crisis de la tradición afecte en su misma médula la vida de la Iglesia. Muchos de nuestros contemporáneos contemplan a la Iglesia como una institución anquilosada y aferrada a su propio pasado que habría congelado el mensaje fresco y renovador del Evangelio. Esta sensibilidad no es ajena a miembros de la misma Iglesia. La reserva cautelosa ante el contenido de la tradición que transmite la Iglesia y la tendencia a sobrevalorar la novedad se alojan también en la vida de bastantes creyentes.

La Iglesia es memorial viviente del Acontecimiento salvador de la Muerte y Resurrección del Señor. Nos tocará mostrar con obras que si miramos al pasado, lo hacemos no para fijarnos nostálgicamente en él, sino para agradecerlo y extraer de él la fuerza que nos ayude a construir el futuro que Dios quiere: una humanidad libre, solidaria, dichosa, abierta a Él.

2.2. *Crisis de instituciones*

26. Las instituciones encarnan, conservan, transmiten y actualizan las tradiciones. En consecuencia están afectadas por una crisis análoga. La institución familiar, sometida a tantas y tan profundas transformaciones es uno de los ejemplos más actuales y más conocidos en nuestros días. La institución escolar está asimismo surcada por la crisis: la autoridad de los educadores, y su mismo papel en la formación de los alumnos están siendo muy cuestionados. Basta observar las cotas de indisciplina hoy tan frecuentes en muchos centros. La institución sindical está notablemente debilitada. El porcentaje de afiliados no rebasa el 30% de la población laboral. Los sondeos de opinión acerca de la valoración de las instituciones políticas (gobiernos, partidos, etc.) las sitúan entre los puestos más bajos de la clasificación. La adhesión a ellas es precaria; la confianza depositada en ellas es débil.

Hemos explicado ampliamente en el capítulo I que la institución eclesial participa intensamente de este descrédito generalizado. Nos limitamos aquí a situarlo en un panorama más general y a subrayar la repercusión de este fenómeno en la salud espiritual y pastoral de la Iglesia. La institución eclesial es, según opiniones autorizadas, el valor más erosionado de todo el sistema cristiano. En consecuencia la misión mediadora de la Iglesia en la transmisión de la fe y en la formulación de las pautas éticas derivadas del Evangelio está hoy seriamente comprometida.

2.3. *El individualismo*

27. La valoración del individuo es una de las conquistas más importantes de los tiempos modernos. Un ser humano no es un número ni una simple pieza de un conjunto familiar o social. Tiene su singularidad irrepetible y su derecho a un proyecto propio. Esta convicción, presente hoy en el ánimo de las personas, ha favorecido la libertad y la realización de muchos hombres y mujeres.

Cuando la valoración del individuo no está compensada y equilibrada por otros factores importantes, conduce al individualismo. En el límite, para el individualista las relaciones de grupo «valen» y «sirven» si, en un balance, resultan gratificadoras para sus miembros. El individualista no pertenece de verdad a nada ni a nadie. No ama

generosamente a nadie. Ama en la medida en que los demás refuerzan su satisfacción o su autoestima.

La cultura de la individualidad, si no quiere caer en un individualismo, ha de ser enriquecida por la «cultura del vínculo». Ser persona consiste al mismo tiempo en ser libre y en estar ligado. *«Los grupos humanos no sólo se fundan en la independencia individual, sino en la dependencia mutua. Ella asegura el valor y el sentido de la verdadera libertad».*²⁷

Una tendencia predominante de la cultura contemporánea empuja en la dirección del individualismo al afirmar con fuerza *«la independencia del individuo por encima de la tradición y de la colectividad»*.²⁸ «Estar bien consigo mismo» parece haberse convertido en el supremo ideal de vida para muchos.

En la medida en que la niebla del individualismo envuelve e impregna a las personas, la conciencia sentida de estar ligados a Dios, vinculados a una comunidad, interiormente orientados a ser fieles y solidarios, invitados con apremio a amar, se vuelve más «contracultural», más extraña. *«Quien no ama no conoce a Dios»*.²⁹ El individualismo puede inducir a lo sumo a formas de religiosidad que pretenden sobre todo el bienestar psicológico del individuo. Algunos «nuevos movimientos religiosos» parecen responder a esta necesidad. No es, pues, sorprendente, la apatía de tantos conciudadanos a aceptar la doctrina y la vida cristiana propuestas por la Iglesia.

2.4. *La tendencia nihilista de nuestra cultura*

28. Podría parecer contradictorio que en una «cultura de la satisfacción» cobrara fuerza simultáneamente la tentación nihilista. Sin embargo, muchos expertos sagaces la detectan como una de las constantes de nuestro tiempo.

«Nunca hasta ahora el hombre ha conocido tanto acerca de sus orígenes; nunca ha sabido tan poco acerca de su destino». Esta frase de un gran filósofo retrata acertadamente una carencia de nuestro tiempo. Conocemos cada vez mejor cómo funcionan las cosas y el mundo pero, como confesará el mismo Nietzsche, *«falta el fin, falta la respuesta a la pregunta: para qué?»* Para él la realidad que somos y conocemos no tiene valor porque no tiene sentido: en esto consiste el nihilismo.

Esta situación no es simplemente el estado anímico de una minoría pensante que «está de vuelta». Estamos más tocados de lo que parece por él. Cuando nos acosa continuamente la expresión: «total, ¿para qué esforzarme, para qué trabajar, para qué ser

²⁷ A. MORATALLA, «Responsabilidad ética en política familiar», en *Razón y Fe* (1995).

²⁸ GIDDENS (citado por I. ZUBERO en conferencia reseñada en la nota 15).

²⁹ *Jn* 4, 8

honesto y solidario, para qué vivir?»; estamos siendo tentados, en alguna medida, por el nihilismo. Cuando estas preguntas se vuelven insistentes en el corazón de un creyente «¿qué otra cosa le queda sino aprender a vivir solo, sin Dios y sin moral? Todo da igual; nada vale». ³⁰

La tendencia nihilista se hace patente muy particularmente en la llamada «crisis de la mitad de la vida», cuando el hombre y la mujer, llegados a este altozano, contemplan su pasado con su carga de logros precarios, de decepciones, de fatiga y atisban su futuro lleno de interrogantes y nubarrones desde una voluntad de vivir debilitada. No se trata de una simple crisis de eficacia ni de impotencia. Es una crisis de sentido. La pregunta brota desolada y desoladora: «¿Tiene sentido empeñarse? ¿Vale la pena ilusionarse con las personas y los proyectos? ¿No es un absurdo entregar la vida a los menesteres que me ocupan? ¿No es un voluntarismo ciego, estéril y fatigante, incapaz de aceptar el principio de la realidad?»

La cultura presente acentúa y prolonga esta situación transitoria, que se vuelve crónica en muchos contemporáneos. Su malestar no queda ahogado por la respuesta ingeniosa, pero tramposa, de J. Monod: «la pregunta por el sentido no tiene sentido». Buscan sentidos parciales que les motivan para vivir. La familia es uno de los más nobles. Muchas mujeres, por ejemplo, confiesan querer tener un hijo para tener a alguien a quien entregarse y evitar el vacío de sentido en su vida. Los ideales sociales de la lucha por los pobres y contra la pobreza, la promoción de la mujer o la ecología del planeta, son instancias de sentido que ofrecen un «para qué» o «para quién». Otros motivos no son tan nobles: la acumulación del dinero, la búsqueda obsesiva del placer, la ambición del poder... Muchos viven enfrascados en estos sentidos parciales.

Ninguno de éstos encuentra significación al acontecimiento ineludible de la muerte. Sin un sentido que englobe también a la muerte podemos, en el mejor de los casos «ir de victoria en victoria hasta la derrota final». Bastantes son conscientes de la necesidad de un sentido global y lo buscan. Algunos lo encuentran en la fe cristiana que nos recuerda que toda nuestra vida está envuelta en la mirada de Dios Padre y en un amor que por ser más fuerte que la necesidad de morir nos asegura una vida plena, perpetua, comunitaria, dichosa en su Presencia. Pero otros muchos, recelosos ante la tradición y desconfiados ante todo lo que no se puede «tocar y pesar» no alcanzan, en esta cultura, a descubrir en Dios el Sentido total de su existencia. Y cuando el viajero se pierde en la niebla, tarde o temprano todo le pesa para seguir caminando. «El hombre es creado para vivir. Y para morir. Y para VIVIR. Tal es el ritmo de la existencia cristiana: vivir-morir-VIVIR. Quitad la tercera pieza y la vida es una atroz decadencia». ³¹

³⁰ Cfr. H. KÜNG, *¿Existe Dios?*, Ed. Cristiandad (Madrid 1979), p. 532.

³¹ L. ALONSO SCHÖKEL, *Esperanza. Meditaciones bíblicas para la Tercera Edad*, Ed. Sal Terrae (Santander 2000).

2.5. «Producir y consumir»

29. Despojada de su sentido, la vida humana no tiene otro camino que la búsqueda de ídolos de recambio a los que reconocer un valor absoluto. El ídolo más socorrido de nuestro tiempo parece consistir en el binomio «producir-consumir». El afán obsesivo por producir y el ansia compulsiva de consumir son, en realidad, dos salidas diferentes y falsas al vacío de sentido de la vida humana.

- «Producir»: Se ha convertido para muchos en una extenuante manera de llenar la vida. Las horas dedicadas al trabajo y la intensidad demandada por él detraen con frecuencia el tiempo necesario para una convivencia conyugal y familiar de calidad. Reducen el cultivo de las relaciones de amistad y de las aficiones personales. Recortan el deseo de complementar nuestra formación personal. Limitan nuestra dedicación a compromisos humanitarios.

Un señuelo alimenta esta dedicación excesiva a la productividad: el económico. «Ganar dinero» es un imperativo y un signo de éxito social. El dinero es buscado para asegurarnos unos niveles de confort y un tren de vida altos. El dinero se convierte así en sucedáneo de Dios. Cuando es buscado como lo más importante, «metaliza» nuestro corazón y lo hace insensible a la voz de Dios y al clamor de los necesitados. La «fiebre del oro» tan magistralmente retratada en una inmortal película de Charles Chaplin, acaba arruinando nuestra salud espiritual. Los ídolos acaban siempre «quemando».

Poderosos intereses económicos se encargan de nutrir en nosotros la «necesidad» de trabajar mucho para ganar mucho. El sistema económico vigente necesita trabajadores denodados y consumidores acendrados.

- «Consumir»: La tendencia dominante de nuestra cultura no parece consistir tanto en producir para ahorrar cuanto en producir para consumir. No es extraño que así sea. Cuando se difumina el sentido de nuestra vida, ésta tiende a convertirse en una sucesión de instantes de placer. Si la memoria del pasado es flaca y la esperanza de futuro incierta, sólo queda disfrutar ávidamente del presente. Estamos a las puertas del consumismo. Ser consumista consiste en considerar los propios deseos y necesidades como centro de la preocupación personal y en orientar la vida a satisfacerlos. Éstas son sus características señaladas: crea en las personas una verdadera dependencia respecto de muchos objetos que no son en absoluto necesarios. Genera, pues, «necesidades innecesarias». El consumista vive obsesionado por comprar vestidos, vehículos, ropa de deporte, aparatos musicales y por consumir sesiones de televisión, bebidas, alimentos, espectáculos, viajes. Para el consumista *«el mundo es una gran manzana, una gran botella, un gran pecho»*.

Nosotros somos los lactantes, los eternamente expectantes y los eternamente desilusionados» (E. Fromm).

Es prácticamente imposible que la pasión por Dios, el seguimiento radical de Jesús, la adhesión firme a su comunidad, la debilidad para con los pobres «quepan» en un corazón consumista. Resulta difícil mantener una auténtica vida cristiana en un ambiente que de mil maneras, más o menos sutiles, nos invita al consumismo. Una buena parte de los miembros de nuestras comunidades no somos ajenos a esta verdadera tentación.

3. Las debilidades e infidelidades de la comunidad cristiana

30. Sería injusto y poco evangélico endosar toda la responsabilidad de la actual situación de la Iglesia a factores culturales como los apuntados en el apartado inmediatamente anterior. Al igual que los Profetas recordaban a Israel que su penosa situación se debía no sólo al poder de los imperios que lo rodeaban, sino también a sus propios pecados,³² también la Iglesia debe tener la humildad y sinceridad de reconocerlos. El Concilio Vaticano II³³ y el Papa Juan Pablo nos han ofrecido testimonios ejemplares y alentadores. Nos proponemos identificar algunos factores internos a la Iglesia misma que nos ayuden a explicar la situación en la que nos encontramos.

3.1. *El descuido de la experiencia de la fe*

Enfrascados en tantas doctrinas y embarcados en tantas tareas hemos olvidado más de la cuenta lo verdaderamente fundamental: cuidar la experiencia de la fe. Los tiempos recios reclaman una fe especialmente viva que implique no sólo a la mente y a la voluntad, sino también al corazón y, en consecuencia, al comportamiento. Si la experiencia no se aviva, la fe languidece y se convierte en una especie de ideología o en un voluntarismo extenuante.

Dedicamos la Carta Cuaresmal de 2002 a aproximarnos a la comprensión de la experiencia de la fe, de sus características, de sus formas, de los factores que la dificultan, de las condiciones que requiere. Volveremos todavía a ocuparnos de ella a lo largo de esta Carta. Tal vez por un recelo hacia lo emotivo y por un miedo infundado a caer en un espiritualismo insensible al dolor y a la injusticia hemos descuidado el cultivo esmerado de la experiencia religiosa.

³² *Is* 1, 2-9

³³ CONCILIO VATICANO II, *Unitatis redintegratio*, n. 1 y *Ad gentes*, n. 29.

3.2. *La difuminación de los contenidos nucleares de la fe*

31. El desarrollo doctrinal del cristianismo a través de la reflexión teológica es muy amplio. Como un árbol muy frondoso oculta sus ramas fundamentales, tanta doctrina puede desdibujarnos las convicciones básicas de la fe. Tales convicciones pueden incluso estar cuarteándose en muchos creyentes, mientras estamos ocupados en hablarles de temas periféricos o ampliar sus conocimientos teológicos. Dios Padre, Jesucristo y su Misterio Pascual, el Espíritu constructor de la Iglesia, el amor y la misericordia como valores primordiales, el seguimiento de Jesús vinculados a María, la comunidad eclesial, la esperanza, el testimonio de la fe y la dedicación a los pobres constituyen el núcleo fundamental. Tenemos que preguntarnos si nos hemos dedicado primordialmente a clarificar y afianzar este núcleo o hemos rellenado nuestros mensajes y programas con contenidos y actividades válidas, pero secundarias.

Los cristianos tocados por esta tentación vivimos, quizás sin formularlo, un conflicto mal resuelto entre «actualidad cultural» y «lealtad eclesial». Tendemos a pensar que renovar la Iglesia equivale, sin más, a «ponerla al día», es decir, en sintonía con la cultura del ambiente. Somos propensos a confundir acomodación con adaptación. Acomodarse es sintonizar con la cultura sin cuidarse de no perder la propia identidad. Adaptarse es actualizarse manteniendo tal identidad. El misterio de la Encarnación urge a la Iglesia a adaptarse a la cultura ambiental tras un discernimiento por el que, no sin ayuda del Espíritu, distinga con sumo cuidado, larga reflexión y mucha paciencia, aquello que es conforme al Evangelio y a la dignidad del ser humano de aquello que es deshumanizador e incompatible con el Evangelio. Y puesto que todas las culturas llevan dentro de sí rasgos de uno y otro género, a la Iglesia le tocará siempre vivir al mismo tiempo en sintonía y en contradicción con la cultura en la que vive.³⁴

3.3. *La crisis del seguimiento*

32. Instalados en la «cultura de la satisfacción» (Galbraith) muchos de nosotros experimentamos especiales dificultades para enrolarnos en el seguimiento de Jesús. Tal vez experimentamos un cierto atractivo y afecto y una admiración de su talla moral y su mensaje, pero estos sentimientos no cuajan en las actitudes más hondas del seguimiento, que desvelaremos más adelante. Es verdad que siempre seremos «aprendices de seguidores». Pero es necesario ponerse a serlo. No muchos cristianos nos atrevemos. Las exigencias que plantea el seguimiento de Jesús nos desbordan siempre; nos sitúan ante un ideal nunca plenamente realizable. Podemos y debemos avanzar siempre con la ayuda del Espíritu. No hemos de olvidar que «*sólo proponiéndose lo imposible se logra todo lo posible*» (Unamuno).

³⁴ Cfr. OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia* (Carta Pastoral, Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1989), cap. IV, n. 5.2., c-d.

Conocemos bien las dificultades de las grandes colectividades para asumir caminos como éste. Pero si fuera notablemente mayor el número de auténticos seguidores, nuestras mismas comunidades tendrían «otro color»: no dejarían esta impresión de atonía y mediocridad que desanima y disuade a los buscadores.

3.4. *El predominio de la ética sobre la fe viva*

33. Desde siempre el hueco dejado por un déficit de experiencia creyente suele ser rellenado con el empeño ético. No se niega la fe, pero se marginan algunos aspectos importantes de la misma, entre ellas la contemplación y la oración.

El cristianismo tiene una dimensión ética que no se puede orillar. El «hombre nuevo» no puede envilecer ningún aspecto importante de su vida con una conducta incoherente. Pero el cristianismo es básica y medularmente fe, no ética.

La ética social rellena en ocasiones el vacío de una auténtica experiencia creyente. Convencidos de que «creer es comprometerse» muchos creyentes han entrado en las aguas de un compromiso social incluso admirable, pero insuficientemente regado por la oración y por la motivación cristiana. El resultado ha sido en demasiadas ocasiones el debilitamiento y hasta la pérdida de la fe. Una mística sin compromiso es de dudosa identidad cristiana. Pero un compromiso sin mística acaba convirtiéndose en puro altruismo o quemándose por el cansancio o la decepción. «*Todo comenzó en mística y acabó en política*», decía Ch. Péguy refiriéndose a una generación de cristianos que habían perdido su fe en el empeño social.

Cuando es la ética sexual la que suple el déficit de la experiencia creyente, se convierte en una normativa desprovista de su impulso motivador. La ética sexual sin el aliento de una experiencia de la fe suele derivar fácilmente hacia la rigidez o la laxitud.

Un cristianismo predominantemente ético no puede encender la vida de los cristianos ni atraer a la fe a los que no creen o dudan. ¿No pecan nuestras predicaciones de ser excesivamente éticas, aunque lo sean de modo muy genérico? ¿No necesitan hoy los creyentes más ánimo que chaparrones éticos? Los filósofos griegos distinguían bien el impulso ético del ánimo vital subyacente a él. Habían comprobado que sin ánimo no hay ética. Sin «moral» no hay moralidad.

3.5. *La tendencia a la fragmentación*

34. Cambios sociales y debilidades eclesiales favorecen la fragmentación. La cultura postmoderna es la «cultura del fragmento». Esta cultura produce su impacto también en los creyentes, particularmente en los jóvenes. Permanecen afortunadamente en pie la aceptación de los contenidos centrales de la fe, la adhesión a la persona de Jesús y a los

valores morales del Evangelio y el sentimiento de pertenecer a la Iglesia. Pero la legítima pluralidad hacia posiciones doctrinales u opciones pastorales tan diversas que oscurecen y debilitan la necesaria cohesión de la comunidad católica producen dentro y fuera de la comunidad cristiana una impresión de confusión y desconcierto.

3.6. *Reacciones inadecuadas ante el impacto cultural*

35. La interpelación que dirige la cultura contemporánea a los creyentes suscita en la comunidad cristiana actitudes muy diversas, algunas de las cuales pueden constituir un severo contratestimonio.

- a) La primera consiste en confundir y suplir «*la radicalidad evangélica con el rigorismo*». ³⁵ Ambas actitudes son, en realidad muy diferentes. En cierta medida el rigorismo es la caricatura de la radicalidad. El rigorismo procede de caracteres más propensos al deber que al amor y se aloja en personas apegadas a la ley y tendentes a la intolerancia. En la radicalidad evangélica el precepto exterior, al ser asumido desde una profunda vivencia creyente, se convierte en un movimiento espontáneo de nuestra sensibilidad cristiana. Si fuésemos evangélicamente más radicales, no necesitaríamos ser tan rigurosos. El rigorismo disuade; la radicalidad atrae. El rigorismo produce fatiga y desolación interior. La radicalidad genera crecimiento y riqueza interior. Jesús fue radical, no rigorista.

- b) La segunda reacción no puede resistir el rechazo frontal que despierta la presentación íntegra del mensaje cristiano en el entorno cultural dominante. Pretende entonces *omitir o encubrir los aspectos más paradójicos de la existencia cristiana* y resaltar únicamente los aspectos del cristianismo más asumibles por la mentalidad del ambiente. En el límite extremo, convierte la fe en un puro humanismo. Para abrazarlo, un hombre o mujer de hoy no se hacen cristianos.

- c) La búsqueda de condiciones sociales o legales especialmente favorables a la comunidad cristiana.
 Es justo que la Iglesia exija para sus miembros las mismas condiciones de libertad que el conjunto de ciudadanos y denuncie las trabas injustas que se oponen al despliegue de su vida y actividades. En cualquier caso es evangélicamente más saludable ser discriminado negativamente que ser privilegiado por los poderes sociales o políticos. «*La Iglesia no pone su esperanza en privilegios otorgados por el poder civil. Más aún: renunciará al ejercicio de ciertos derechos legítimamente adquiridos tan pronto como conste que su uso puede empañar la pureza de su testimonio o cuando las condiciones de vida exijan otras disposiciones*». ³⁶

³⁵ J.B. METZ, *Más allá de la religión burguesa*, Ed. Sígueme (Salamanca 1982), p. 15.

³⁶ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 76.

d) La «baja moral» ante los cambios acaecidos.

La percepción global que albergan la mayoría de los cristianos respecto de la situación de nuestra Iglesia es preferentemente pesimista. Una parte notable de nuestra gente cree que la Iglesia no va bien. Su experiencia personal, la opinión recogida en su entorno, la imagen recibida a través de la mayoría de los medios de comunicación le confirman en esa percepción. El presente es crudo; el futuro es sombrío. El pesimismo prevalece. La autoestima colectiva decrece.

Un grupo cuya autoestima colectiva es baja, emite, aun sin quererlo, mensajes subliminales que resultan más disuasorios que persuasivos. Sus miembros ofrecen acomplejadamente su fe, se vuelven propensos a excusarse de sus debilidades, y tentados de mostrar escasa adhesión a su comunidad. La tentación de Tomás se actualiza en ellos.³⁷ No se atreven a decir que son cristianos a secas. Son «cristianos críticos», «cristianos dialécticos», «cristianos erasmistas», «cristianos en tensión con la Iglesia». Hace falta tener mucha moral para acercarse siquiera a un grupo que posee esta moral.

Los historiadores encuentran una de las explicaciones de la sorprendente difusión del cristianismo durante los primeros siglos precisamente en su «moral colectiva alta», en claro contraste con un mundo greco-romano muy vasto y poderoso pero tocado por el pesimismo. *«Una de las causas más importantes del éxito de la primera evangelización cristiana es que mientras los paganos habían perdido la confianza en sí mismos el cristianismo aparecía a los ojos de todos como una fe por la que merecía la pena vivir porque era también una fe por la que merecía la pena morir»*.³⁸

III.– LECTURA CREYENTE DE NUESTRA SITUACIÓN ECLESIAL

36. Describir una situación e identificar sus causas es necesario, pero insuficiente. Los hechos humanos no son simplemente como los hechos físicos que se explican describiendo sus causas y enumerando sus efectos. Necesitan ser interpretados. Es preciso descubrir su significación.

Al contemplar ante vosotros la realidad de nuestras diócesis, debemos y queremos interpretarlas guiados por la luz de la fe. Queremos descubrir, ante todo, qué nos enseña Dios a través de nuestra situación y qué nos pide que hagamos ante ella. El Concilio Vaticano II nos recuerda el deber de *«escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio»*.³⁹ Es evidente para nuestra fe que el Espíritu

³⁷ Jn 20, 24.29

³⁸ E.R. DODS, *Paganos y cristianos en una época de angustia*, Ed. Cristiandad (Madrid 1975), p. 173.

³⁹ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, n. 4.

quiere decir algo a su Iglesia en estas circunstancias. Queremos escucharle con suma atención y responderle con activa docilidad.

A) ALGUNAS CLAVES DE LECTURA

1. Una prueba dolorosa

La situación descrita y explicada nos produce sufrimiento porque retrata el fuerte declive de las comunidades cristianas en toda Europa occidental y entre nosotros. Es duro comprobar la apatía religiosa de muchos creyentes, el rechazo de numerosos increyentes y los problemas que unos y otros tienen con la Iglesia. Es difícil asimilar que la fe católica ha pasado de ser un hecho sociológicamente compartido y culturalmente protegido a una situación nueva en la que ser creyentes es, en muchos ambientes, un hecho «contracultural» que hemos de vivir a «contracorriente». Es costoso comprobar que la Iglesia *«busca su lugar en una sociedad secularizada y pluralista y no acaba de encontrarlo. Tiene dificultades para acertar con la palabra adecuada a su mensaje y con el tono indicado para decirlo. Antes de encontrarlos deberá realizar una travesía en el desierto y vivir la crisis en profundidad»*⁴⁰ porque su interlocutor (el hombre y la mujer de nuestro tiempo) ha cambiado no en su estructura más profunda, pero sí en su sensibilidad, sus criterios, sus actitudes, su escala de valores. Es penoso comprobar que nadie sabe con claridad qué es lo que tenemos que hacer ni exactamente cómo se genera, en las actuales circunstancias socioculturales, un cristiano. Es incómodo dejar viejos caminos e incómodo buscar nuevas rutas evangelizadoras. Es triste «ir muriendo» en muchos ambientes.

La llamada de Dios contenida en este sufrimiento consiste en percibir en su seno la Cruz del Señor y adoptar ante ella la actitud propia de los creyentes. Ésta es hoy una de las cruces con la que los cristianos nos identificamos con el Señor y actualizamos su Pasión.⁴¹ Es preciso reconocerla como tal, llevarla con paciente mansedumbre y recordar que, porque va vinculada al Redentor, participa de su fuerza salvadora. Es preciso, al mismo tiempo, reconocer que el único Inocente que llevó su Cruz es el Señor. A nosotros se nos pide asumir con humildad y con paz la parte que nos corresponde de responsabilidad y de pecado en la situación existente.

⁴⁰ J. KEZEL, «Annoncer l'Évangile aujourd'hui», en *Nouvelle Revue Théologique*, 126 (2004), pp. 3-15.

Extractado en *Selecciones de Teología* (2004), pp. 288 ss.

⁴¹ Cfr. *Col* 1, 24

2. Un desafío colosal

37. Por primera vez en la historia a partir del s. IV la Iglesia católica y las demás Iglesias cristianas viven en muchas regiones de Europa una situación de minoría cada vez más próxima a la diáspora al estilo de las minorías judías presentes por doquiera en el mundo gentil. Con riesgo de desdibujarse en una sociedad que va dejando de ser cristiana. Con la posibilidad y misión de mantener, purificar y ofrecer su fe. Algunos analistas apuntan que el rápido avance de la increencia y de la desafección religiosa en nuestra tierra pone en cuestión la propia pervivencia y persistencia de estas Iglesias como realidad públicamente relevante en el futuro. No sucedería por primera vez en la historia que Iglesias florecientes hubieran quedado marginadas, casi en situación residual. El caso de Asia Menor y del Norte de África serían reveladores.

Jesús ha prometido que su Iglesia será perenne hasta el final de los tiempos. Es cierto que esta promesa del Señor no incluye necesariamente el vigor de nuestra Iglesia ni su presencia sociológicamente sólida entre nosotros. Pero es también verdad que *«el futuro de la Iglesia y del cristianismo depende primariamente de Dios y no del hombre. Dios puede, por tanto, confundir las mejores y más fundadas predicciones, como ha sucedido frecuentemente en la historia»* (Van der Pol). Lo innegable es que en nuestra tierra el vigor evangélico y la influencia apostólica y humanizadora de la Iglesia se está debilitando sensiblemente.

Dos valores de importancia vital se están jugando en el presente de cara a un futuro ya próximo. Digámoslo en forma de pregunta: *¿será significativa la fe cristiana de mañana en la sociedad europea en la que estamos cada vez más plenamente inmersos? ¿Será creíble nuestra Iglesia como forma colectiva y visible de existencia de tal modo que pueda efectivamente ser mediación acreditada de la fe en Jesucristo?* De la respuesta a estas dos preguntas dependerá que en el futuro próximo seamos «un resto» o un «residuo». Un resto en el sentido bíblico⁴² es un brote de vida con promesa de futuro florecimiento. Un residuo es un pálido recuerdo de un pasado más vigoroso. Según teólogos valiosos el que pueda prosperar una u otra alternativa dependerá de que el Espíritu suscite, con nuestra colaboración, una nueva manera histórica de ser cristiano, que encarnando todos sus elementos esenciales, sintonice con ese hombre y mujer diferentes que ha generado nuestra cultura. *«Lo que está desapareciendo no es el cristianismo, sino una forma histórica de ser cristianos»*.⁴³ Asistir y participar en su alumbramiento será nuestra tarea y nuestra dicha.

⁴² Za 13,8-55

⁴³ J.M. TILLARD, «Nosaltres som els darrers cristians?», en *Qüestions de Vida Cristiana* 190 (1998).

3. «Derribados, pero no abatidos»

38. Las amenazas y riesgos del presente pueden ser entendidas, bien como desestabilizadoras, bien como ocasión y punto de partida de una renovación. No existe un determinismo que conduzca a nuestras Iglesias a una situación residual. Nada justifica nuestra desesperanza. Ni antes estábamos tan bien ni ahora estamos tan mal. Los tiempos actuales no son menos favorables para el anuncio del Evangelio que los tiempos de nuestra historia pasada. Esta fase de nuestra historia, con todo lo crítico, inhóspito y poco permeable que lleva consigo, es para nosotros un tiempo de gracia y de conversión. Juan Pablo II nos ha dicho: «*La historia presente no está cerrada en sí misma, sino abierta al Reino de Dios. No se justifican, por tanto, ni la desesperación, ni el pesimismo ni la pasividad*». ⁴⁴ Nos resistimos con fundamento a pensar que tantos seres humanos puedan instalarse de forma permanente en la trivialidad. En algún momento pueden llegar a descubrir que los sucedáneos del consumo y la diversión que se les ofrecen como el contenido más valioso de su vida no tienen capacidad para colmar sus más profundos anhelos.

Determinados indicadores que hemos ido apuntando en los capítulos precedentes nos orientan en esa dirección. Bastantes otros permiten e insinúan una doble lectura. El descrédito de la institución eclesial nos preocupa, pero puede conducirnos a un amor a la Iglesia más purificado de adhesiones casi absolutas. La severa disminución de los sacerdotes es un gran mal, pero acelera por contrapartida la formación y promoción del laicado y «cura» a nuestra Iglesia del clericalismo. La apatía religiosa de los creyentes puede desanimar a muchos, pero puede motivar en otros creyentes una entrega más auténtica al Evangelio. La extensión de la increencia nos aflige, pero puede conducirnos a purificar la imagen que tenemos de Dios. Las dificultades de la evangelización nos frustran, pero pueden estimularnos a encontrar experiencias humanas significativas para nuestros interlocutores (p.e., la experiencia del amor o de la solidaridad) y a afinar nuestra pedagogía para propiciar su encuentro con el Dios que está al fondo de dichas experiencias. La misma experiencia de despojo y de impotencia que sentimos en la Iglesia puede abatirnos, pero puede también llevarnos a poner nuestro apoyo existencial básico sólo en Él, a comprender mejor que sólo Dios salva y a respetar sus caminos misteriosos para acercarse a los humanos. En suma, nuestra experiencia humana de desvalimiento puede y debe ser el espacio en el que, por el Espíritu, acontezca una experiencia de Dios.

En tiempos como los nuestros resuenan y confortan especialmente palabras como éstas del Apóstol: «*Nos acosan por todas partes, pero no estamos abatidos; nos encontramos en apuros, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no quedamos a merced del peligro; nos derriban, pero no llegan a rematarnos. Por todas partes vamos llevando en*

⁴⁴ JUAN PABLO II, *Sollicitudo rei socialis*, n. 47.

*el cuerpo la muerte de Jesús... para que en vosotros en cambio, actúe la vida».*⁴⁵ O aquellas otras: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... Dios que nos ama hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas. Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles ni otras fuerzas sobrehumanas, ni lo presente, ni lo futuro ni poder de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo ni cualquiera otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro».⁴⁶

4. La Religión pervive

39. Hoy por hoy la Iglesia vive momentos de apretura. Pero –lo apuntábamos más atrás– la Religión pervive y adquiere renovado vigor. Durante mucho tiempo los teóricos de la Religión han dado por sentado que la secularización o emancipación de la economía, el saber, la política, la vida social de la tutela y el control de la Iglesia iba a traer irremisiblemente la desaparición de las religiones como fenómeno de relieve social. Nunca examinaron con rigor su propia convicción. La experiencia ha venido a desmentirla. Los expertos afirman sólidamente que la Religión va a pervivir en el mundo secularizado en varias formas diferentes. Las antiguas tradiciones religiosas entre ellas el cristianismo seguirán convocando grandes multitudes de fieles. Todo un mundo de «nuevos movimientos religiosos» está mostrando una vitalidad increíble, aunque surcada por muchas ambigüedades y adulteraciones. Están alimentadas al mismo tiempo por una innegable necesidad religiosa (un vacío de Dios) y por otras motivaciones como la inseguridad provocada por los cambios sociales, la voluntad de huir del anonimato y de la masificación, el temor de mucha gente a perder su identidad personal, la resistencia ante el individualismo.

Los especialistas añaden que, en vez de la anunciada desaparición social de las Religiones, se está operando en el ámbito de la cultura moderna una transformación profunda, una verdadera mutación religiosa. Estaríamos en una fase de tránsito de la secularización a las «religiones de lo sagrado». Pero lo sagrado venerado por estas «religiones» no es el Dios trascendente, anterior y superior al hombre que irrumpe en él y le conduce a un reconocimiento admirativo y fascinado y a un cambio de «centro de gravedad» en su vida. Lo sagrado es simplemente ese fondo interior de la persona que está más adentro que las ocupaciones profesionales, las preocupaciones económicas, los cuidados de la salud, la actividad exterior, lo medible y lo palpable. Es ese espacio interior en el que el hombre o la mujer toma conciencia de su yo, de su dignidad y gusto por la belleza y la contemplación. Es esa zona intocable, inviolable, íntimamente íntima. Esa intimidad es sagrada. Buscarla y cultivarla es practicar «la religión de lo sagrado». La revista *Esprit* (1997) la llama «religión sin Dios». Podemos preguntarnos si hay

⁴⁵ 2 Co 4, 8-12

⁴⁶ Rm 8, 35-39

Religión donde no hay Otro al que dirigirse, adorar, entregarse. Podemos por tanto considerar que este desplazamiento de lo sagrado desde Dios hasta la intimidad humana es una descomposición de la Religión, e incluso una idolatría. Los expertos son más comedidos. En la experiencia religiosa Dios es al mismo tiempo trascendente e immanente. En otras palabras: es Alguien distinto de mí a quien me entrego y es al mismo tiempo *«más íntimo que mi propia intimidad»* (San Agustín). Los grandes místicos han vivido simultáneamente estas dos dimensiones. En una cultura alérgica a la imagen de un Dios que irrumpe desde fuera y recorta la autonomía del hombre, la repulsa a vivir atrapado por las urgencias del diario quehacer y la aceptación del propio misterio interior podría suponer un paso hacia la Religión. Tal vez profundizando en esa dirección podrían acceder a abrirse al Dios Trascendente.

5. El Espíritu actúa en el mundo y guía a la Iglesia

40. La deriva de nuestra sociedad hacia la desafección religiosa y la creciente debilidad de nuestra fe puede y suele despertar en nosotros un movimiento espontáneo de responsabilidad desmedida y, por ello mismo, nerviosa. Llevados por este movimiento podemos dedicarnos a multiplicar un tanto frenéticamente nuestros planes y tareas. La hiper-responsabilidad conduce a la hiper-actividad y a la impaciencia. Debajo de esta reacción subyace un déficit de nuestra fe. Parecemos olvidar que el Protagonista de la salvación y el Guía de la Iglesia es el Espíritu Santo que, con la discreción propia de Dios, está activamente presente entre los hilos de la historia y los entresijos de la Iglesia y contempla al mundo y a la comunidad cristiana con una mirada mucho más larga y más serena que la nuestra.

Es verdad que la historia humana está escrita por dos libertades: la de Dios y la de los hombres. Es cierto que el mundo y la misma Iglesia están trabajados por fuerzas capaces de hacerle perder verdadera humanidad y sensibilidad religiosa. Pero es igualmente cierto que, por la Muerte y Resurrección del Señor la suerte de la historia está echada.⁴⁷ Dios Padre no ha desistido de su voluntad salvadora universal y eficaz. Por caminos que no conocemos ni serían probablemente los que nosotros elegiríamos si estuvieran sólo en nuestras manos, Él continúa actualizando su salvación. Es necesario que esta convicción de nuestra fe se convierta en persuasión profunda, sentida, capaz de pacificar nuestras alarmas excesivas y de devolvernos la alegría de ser lo que somos.

El Espíritu Santo conduce a su Iglesia, espacio y camino para la salvación. Él nos precede. *«No somos conquistadores ni salvadores, sino sus colaboradores»*. Él cumple en la Iglesia su triple misión: universalizar, actualizar, interiorizar. Universaliza a la Iglesia, liberándola de visiones estrechas que le confinen en sí misma, la preocupen en exceso por su propia conservación y la hagan insensible a las necesidades y expectativas

del mundo. Actualiza en la Iglesia la perpetua novedad de Jesucristo. «*Sin el Espíritu Santo Cristo pertenece al pasado; la Escritura es letra muerta; la Iglesia, simple organización; la autoridad, pura dominación; la acción evangelizadora, pura propaganda; la liturgia, mera evocación mágica y la moral evangélica, una ética para esclavos. Pero en el Espíritu, Cristo Resucitado está vivo y operante, el Evangelio es fuerza que da vida, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión un Pentecostés continuado, la liturgia es memorial y anticipación de la salvación*» (I. Hazim). El Espíritu, en fin interioriza: hace que la persona de Jesucristo, el mensaje de la fe y los valores evangélicos (la pobreza, la oración, la caridad) se nos hagan familiares y connaturales.

Reconocer al Espíritu, descubrir los signos de su presencia y colaborar con Él con docilidad, fidelidad y humildad es mucho más saludable que agobiarnos y responsabilizarnos en exceso.

6. Tiempo de conversión

41. Analizar a la luz de la fe la situación en nuestras Iglesias y las posiciones de nuestra sociedad ante la Religión está reclamando de la comunidad cristiana una actitud básica: la conversión. Renovación y conversión son dos expresiones que se remiten mutuamente. Como a las Iglesias del Apocalipsis,⁴⁸ el Espíritu nos llama enérgicamente a la conversión. También nuestras comunidades y sus responsables somos invitados a preguntarnos si «*hemos dejado enfriar el amor primero*»⁴⁹ o nos merecemos la interpelación de Jesucristo, el Testigo fiel y veraz: «*Eres sólo tibio: ni caliente ni frío*».⁵⁰ ¿Nos sentimos retratados en estas enérgicas expresiones?

Pasar de la mediocridad al fervor y hasta a un cierto entusiasmo es para muchos de nosotros una asignatura pendiente. Ante todo y sobre todo, hemos de convertirnos no a la sociedad, a los tiempos modernos, a la verdad, a la justicia, al bien. Ni siquiera a los pobres. Hemos de convertirnos a Dios. No hay verdadera conversión cristiana sin un Encuentro personal y comunitario con Dios, cuyo rostro resplandece en su plenitud en Jesucristo. La conversión no es una simple reforma de costumbres y actitudes. Es un «*volverse a Dios*».⁵¹ Ésta es la relación fundamental que ha de restañarse en nosotros. Si ella se regenera y se refuerza, todas las demás se consolidarán. «El que sube a este Dios, baja a este mundo».

⁴⁷ Jn 12, 31 s

⁴⁸ Cfr. Ap 2 y 3

⁴⁹ Ap 2, 4

⁵⁰ Ap 3, 16

⁵¹ Lm 3, 40

La atmósfera de nuestro tiempo frena en nosotros el movimiento de la conversión. «*La gran tentación del futuro que viene –decía Teilhard de Chardin- consistirá en encontrar el mundo de la ciencia, de la técnica y del arte más vivo, más atractivo y más fascinante que el Dios de la Escritura*». A esta conversión nos está llamando incesantemente el Espíritu en la coyuntura presente anticipándose al movimiento de nuestro corazón. Porque es el mismo Dios quien nos convierte. Pablo nos lo recuerda con precisión: «*dejaos reconciliar por Dios*».⁵² Pascal pone en boca de Jesucristo unas palabras significativas dirigidas a cada uno de nosotros: «*Tú no me buscarías si yo no te hubiera encontrado previamente*». La Misericordia de Dios Padre precede y acompaña siempre el proceso de nuestra conversión.

Vueltos al Dios de Jesucristo, nos volveremos a la comunidad cristiana y la asumiremos tal cual es, para contribuir a que sea tal como Dios la quiere. Nos volveremos a la sociedad para amarla como la ama el Señor, reconocer sus valores y ofrecerle también el humilde y sincero servicio de nuestra colaboración y nuestra crítica. Nos volveremos especialmente a los pobres. La solidaridad con ellos es hoy una de las formas de decir «Dios».

Deseamos ardientemente que la celebración de la Penitencia, sacramento de la Conversión, tenga en la Cuaresma que iniciamos, un especial relieve y profundidad y una esmerada preparación. La confesión íntegra de nuestros pecados y la absolución individual preceptuadas por la Iglesia asegurarán y reforzarán la sinceridad de nuestra conversión.

B) UNA ESPIRITUALIDAD PARA NUESTRA ÉPOCA

42. La lectura creyente de la realidad de nuestras comunidades en medio de esta sociedad sugiere una espiritualidad adecuada a la presente coyuntura. Vamos a remitirnos a destacar algunos de sus rasgos.

1. Una espiritualidad de la confianza, no del optimismo

La radiografía del presente y las perspectivas de futuro no invitan al optimismo. No tenemos ninguna garantía revelada de que las cosas irán mejor dentro de 25 ó 40 años. Pero sí tenemos motivos para ahondar nuestra confianza en Dios domesticando nuestras ansiedades del presente y nuestros miedos del futuro.

La confianza es un actitud vital básica profundamente arraigada en el ser humano. Sin embargo, asistimos en nuestra sociedad a un debilitamiento de la confianza espontánea.

⁵² 2 Co 5, 20

La gente quiere «amarrar futuro» y, para ello, se fía más de sus esfuerzos que de la ayuda de los demás. Cuanto más programado va siendo nuestro mundo, más difícil va resultando la confianza.

El amor irrevocable de Dios Padre, la energía de la Resurrección del Señor y la actividad incesante del Espíritu en la historia son cimientos sólidos para confiar no sólo a la misericordia de Dios nuestro pasado, sino a su providencia nuestro futuro individual y comunitario.

Los tiempos presentes llevan dentro de sí una llamada especial del Señor a una acendrada confianza en Él. La meditación orante del Salmo 71 nos ayuda entre otras muchas a confortar nuestra esperanza. Podemos recitarlo en primera persona del singular y del plural «*a ti Señor me acojo, sé para mí roca de cobijo y fortaleza protectora... en tus manos encomiendo mi espíritu... yo confío en el Señor... mi destino está en tus manos... tú me mostraste tu amor en el momento del peligro... Sed fuertes y cobrad ánimo los que confiáis en el Señor*».

2. Una espiritualidad de la fidelidad, no del éxito

43. En tiempos no tan lejanos veíamos cómo las piedras se convertían en hijos de Abrahán. Hoy contemplamos cómo muchos hijos de Abrahán se convierten en piedras. La dureza del corazón ante Dios es un fenómeno de todos los tiempos. Jesús la comprobó intensamente en su vida pública. Fue quedándose poco a poco casi solo. Su experiencia humana fue comprendiendo cada vez mejor que el Padre le pedía fidelidad, no éxito inmediato.

Hemos de sembrar mucho para recoger poco. Hemos de pedir la gracia y el gozo de la fidelidad en un tiempo de escasa fecundidad. Nos sentimos retratados en las palabras de Simón Pedro: «*Hemos estado toda la noche faenando sin pescar nada; pero, puesto que tú lo dices, echaré las redes*».⁵³ También nosotros, en su nombre, seguimos trabajando a pie de obra, conscientes de que se nos pide ante todo, fidelidad. Es decir «*un amor que resiste al desgaste del tiempo*» (Rovira Belloso).

3. Una espiritualidad de la responsabilidad, no del culpabilismo

44. No podemos cruzarnos de brazos ante lo que buenamente podamos hacer. Vivir y testificar el Evangelio es no sólo importante; es lo más importante. Pero hemos de asumir que no somos responsables del bien que no podemos hacer ni del mal que no podemos evitar. En consecuencia hemos de eludir el culpabilismo. No tenemos nosotros

toda la culpa, ni mucho menos, del debilitamiento de nuestras comunidades, ni de la apatía religiosa de muchos, ni del éxodo de los jóvenes. Hemos explicado ampliamente que la causa fundamental de la descristianización reside en la cultura ambiental y dominante. Ella es una corriente poderosa ante la que podemos poco. Configura el modo de pensar, de sentir y de comportarse de las personas y los grupos. Les dicta sus valores.

El culpabilismo es peligroso. Es una pócima que produce amargura interior. La tentación de escupirla sobre los demás (los padres, la escuela, el ambiente, los medios de comunicación, la Jerarquía), se vuelve casi imperiosa.

Bueno será que soseguemos esta culpabilidad con el salmo 130: *«Señor mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros. No persigo grandezas que superan mi capacidad, sino que aplaco y sosiego mis deseos como un niño en brazos de su madre. Espere Israel en el Señor ahora y siempre».*

4. Una espiritualidad de la esperanza, no de la nostalgia

45. Las familias venidas a menos suelen sentir la tentación de la nostalgia de los tiempos de esplendor. También en nuestras comunidades hay nostalgia del pasado. La sintió Israel en los días de exilio y apretura: *«Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos a llorar acordándonos de Sión; en los álamos de las orillas colgábamos nuestras cítaras... ¿Cómo cantar al Señor una canción en tierra extranjera?»*⁵⁴ La nostalgia produce tristeza y ésta genera pasividad. Necesitamos intactas todas nuestras fuerzas para vivir y testificar nuestra fe.

La esperanza parte de la convicción de que todas las cosas están llamadas a ser «más en el Señor». De este modo procura despertar en las personas, en los grupos, en las situaciones ese dinamismo de superación que llevan dentro de sí como un brote de la Resurrección del Señor injertado en ellos. La esperanza nos arranca de esa nostálgica y melancólica reflexión sobre el pasado personal y comunitario y nos orienta a construir con realismo el futuro posible y a preparar el futuro definitivo.

Tres nos parecen los mensajes y testimonios que la sociedad necesita recibir especialmente de nosotros: que Dios es el único Absoluto; que la dignidad de todo hombre es intangible; que hay motivos para la esperanza.

⁵³ Lc 5, 5

⁵⁴ Salmo 137

5. Una espiritualidad de la paciencia, no de la prisa

46. Los procesos de conversión personales y comunitarios, propios y ajenos, son lentos y laboriosos. Las contrariedades de la vida cristiana y apostólica nos exasperan con alguna frecuencia. Las prisas suelen interrumpir prematuramente los procesos, en vez de madurarlos. La paciencia espiritual y pastoral, hija de la virtud de la esperanza, nos es necesaria. *«Ved cómo el labrador aguarda el fruto precioso de la tierra esperando con paciencia las lluvias tempranas y tardías. Pues vosotros, lo mismo: tened paciencia y buen ánimo, porque la venida del Señor está próxima»*.⁵⁵

La paciencia cristiana no es en absoluto indiferente a lo que está mal. No se resigna a dejarlo tal cual, si tiene oportunidad de cambiarlo. Soporta con mansedumbre heridas que sufre en su persona por querer enderezar las cosas. Intenta una y otra vez mejorarlas sin desmayar en el empeño. Está preparado para esperar. Es una paciencia orante y activa.

6. Una espiritualidad del aprecio de lo pequeño, no de la ambición de lo grande

47. El aprecio por lo pequeño no es en la espiritualidad cristiana un «premio de consolación» para cuando no podemos alcanzar «lo grande». Lo pequeño y los pequeños tienen nobleza evangélica. Así en el Evangelio las personas pobres y los medios pobres tienen una especial connaturalidad con el Reino de Dios y con sus leyes. *«Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos»*.⁵⁶

La presente situación nos ha despojado de la ilusión de llevar a cabo muchas grandes realizaciones en la vida y en la acción de nuestras comunidades. Es una ocasión propicia para que redescubramos el valor de muchas realidades pequeñas que nunca debimos subestimar: la adhesión de la gente a su fe y a la práctica, la fidelidad del núcleo pastoral de una parroquia, la manera serena de asumir la enfermedad, el despertar religioso de algunos padres con ocasión de la catequesis familiar. «Lo pequeño es hermoso» dice un refrán inglés que encierra mucha sabiduría.

7. Una espiritualidad de la sintonía, no de la distancia

48. Dios, siempre próximo a los humanos,⁵⁷ se nos ha hecho definitivamente cercano en Jesucristo. Ha querido compartir «desde dentro» la dignidad y la servidumbre de ser

⁵⁵ St 5, 7-8

⁵⁶ Mt 11, 25

⁵⁷ Hch 17, 27-28

hombre. La comunidad cristiana está llamada a prolongar esta cercanía del Señor en la historia. No debe, por tanto, mantener una reserva distante y recelosa, sino una profunda empatía con la sociedad. Su misión consiste, como la de Pablo, en «*hacerse todo para todos a fin de ganar siquiera a algunos*». ⁵⁸

Cuando un mundo cambia tanto y produce verdaderos estragos en la comunidad provoca fácilmente reflejos defensivos y distantes hacia él. La situación de diáspora lleva siempre consigo una sensación de «no estar del todo en casa», de extrañeza. Cuando en ese mundo se segregan criterios, costumbres, leyes, escritos, programas televisivos que contrarían intensamente nuestra sensibilidad cristiana, la extrañeza puede convertirse en distancia crónica y fría, que congela notablemente nuestra comunicación.

Una Iglesia que está muy cómoda en cualquier sociedad es una Iglesia instalada, que no sabe o no quiere ofrecer a la sociedad el servicio que le debe: ser, en muchos puntos, un polo dialéctico de corrientes hegemónicas y de poderes sociales, políticos, económicos dominantes, poniéndose del lado de los débiles. Es una Iglesia muda, complaciente, acomodaticia.

Pero una Iglesia que no se sintiera verdaderamente parte de la sociedad en la que está inscrita, que no respetara su legítima autonomía, que adoptara ante ella una actitud arrogante e incomprensiva, que confundiera la claridad de la doctrina con el tono frío y duro propio de la distancia estaría descuidando un aspecto muy importante de su misión: ser «*señal e instrumento de la unidad de los hombres entre sí*». ⁵⁹ La Iglesia pertenece sólo a su Señor. Y a Él sirve no sirviéndose a sí misma sino sirviendo al mundo, es decir, ofreciéndole la fe y colaborando en su humanización. La comunión dialéctica con el mundo pertenece al estatuto teológico de la Iglesia.

8. Una espiritualidad de la sanación, no de la condena

49. Podría parecer que «*la cultura de la satisfacción*» no admite heridos. Son, sin embargo muy numerosos. Muchos porque, para vergüenza del Primer Mundo, no llegan, en el Tercer Mundo, ni siquiera al nivel de satisfacción de sus necesidades y deseos más elementales. Otros muchos porque viven «*las miserias de la abundancia*» (Mounier) y ésta no es capaz de cubrir todos los flancos de la existencia humana: la enfermedad, la muerte, el desamor de aquellos a los que amamos, la angustia por los hijos que se tuercen, la zozobra de los inmigrantes por su suerte incierta y azarosa, el dolor de las víctimas, la prisión de seres queridos. Los humanos no somos en realidad esos seres satisfechos, capaces de resolver todos nuestros problemas. En nuestra más

⁵⁸ *I Co* 9, 22

⁵⁹ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 1.

profunda verdad somos más precarios y desvalidos de lo que parecemos y aparentamos. Para los psicólogos somos seres fundamentalmente carentes; de tal carencia nace el deseo humano. Para los teólogos la precariedad inherente a la condición humana es signo de la contingencia de toda criatura.

Una humanidad así necesita más compasión que condena. Jesús dice a Nicodemo: «Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él». ⁶⁰ Hoy el ejercicio de la misericordia no es ni menos importante ni menos necesario que en tiempos de mayor miseria material. Algunas dolencias han desaparecido o se han mitigado para una parte de la humanidad, no para todos. Pero han aparecido nuevas dolencias. Somos una comunidad de heridos. La Iglesia ha recibido el encargo de prolongar en la historia la misión de Jesús, el Buen Samaritano. «Sus heridas nos han curado». ⁶¹ Los cristianos participamos al mismo tiempo de las heridas de los humanos y de la misión sanante de Jesús. También nosotros podemos sanar, incluso a través de nuestras propias heridas. Seamos más compasivos que críticos. Seamos más misericordiosos que censores. Seamos humildes para confesar nuestros pecados ⁶² y para acoger a los pecadores. ⁶³

Una reflexión alumbrada entre nosotros ilumina y completa las claves espirituales requeridas para renovar nuestras comunidades. Nos invita a remodelarlas y renovarlas:

- Explorando los signos de la presencia del Espíritu en el mundo.
- Sabedores de las dificultades y posibilidades.
- Con realismo y esperanza.
- Buscando luz y fuerza en la oración.
- Sin añoranzas del pasado.
- Conscientes de nuestras inercias.
- Apoyándonos en lo positivo que poseemos.
- Superando el individualismo.
- Evitando el pesimismo.
- Por el camino de las pequeñas experiencias.
- Compartiendo búsquedas mediante la reflexión pastoral.
- Anticipándonos a las situaciones y necesidades previsibles.
- Realizando una prospección pastoral del futuro.
- Sin dejar para mañana lo que se puede hacer hoy.
- En la esperanza activa del Reino, desde las pequeñas realidades como el grano de mostaza y desde la cercanía y solidaridad con los últimos.

⁶⁰ Jn 3,17

⁶¹ 1 Pe 2, 24

⁶² St 5, 16

⁶³ Lc 19, 1-10

IV.– LAS CLAVES DE UNA VERDADERA RENOVACIÓN

50. Nuestras comunidades necesitan mucho más que unos ajustes o retoques periféricos. El Señor nos está llamando a una renovación profunda. «*Si alguien vive en Cristo es una nueva criatura; lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo*». ⁶⁴ Desde ahora nos toca preparar «*unos cielos nuevos y una nueva tierra en la que habite la justicia*». ⁶⁵

Una renovación de esta envergadura está reclamando no una reducción, pero sí una concentración del cristianismo. Hemos de consagrar nuestro esfuerzo en lo esencial, en lo «fundamental cristiano». Hemos de ir al núcleo, al corazón de nuestra fe.

En este núcleo encontraremos las *claves* que orienten la renovación eclesial. Tales claves no son únicamente dictadas por la situación presente. Pertenecen al meollo mismo de la vida y misión de la Iglesia. Pero los tiempos y circunstancias actuales nos urgen a marcar en cada una de ellas acentos especiales.

1. Una fe ungida por la experiencia

51. La fe heredada es un tesoro que nunca podemos agradecer suficientemente. Hoy esta fe necesita con mayor apremio ser interiorizada, personalizada, pasada por el corazón, impregnada por la experiencia creyente. Los creyentes hemos de ser más testigos que repetidores. Nosotros mismos necesitamos ser más pastores que gestores. No queremos suplir con la organización y el esfuerzo lo que sólo puede nacer de la sintonía vital con el Espíritu y de la adhesión sincera a la Iglesia.

1.1. *Necesaria*

Tal necesidad nace de la entraña misma del cristianismo que, antes de ser un conjunto de creencias, un determinado comportamiento moral, un culto comunitario, es fe viva, es decir tocada por la experiencia. Nace asimismo de la vocación evangelizadora de la Iglesia. «*A la crisis de Dios sólo responderemos con la pasión por Dios*» (Metz). Sobre el vacío de la experiencia de Dios sólo se edifican estructuras vacías. Sin ella no hay auténticos cristianos. Y sin cristianos no hay enviados.

La necesidad de la experiencia de fe se acentúa en esta época en la que tantos creyentes están viviéndola no sólo con escasos apoyos eclesiales, sino en un clima social desfavorable. Las ciencias humanas certifican que la imagen peyorativa que la sociedad

⁶⁴ 2 Co 5,17

⁶⁵ 2 Pe 3, 13

se forja sobre un grupo repercute, como una lluvia ácida sobre la «moral colectiva» de éste. Si las convicciones no están «confirmadas» por la experiencia acaban rebajándose la estima por ella y el aprecio por el grupo que las profesa. En cambio cuando la experiencia es consistente el hombre «*mantiene como inestimable tesoro algo que se ha convertido para él en fuente de vida, de sentido y de belleza y que otorga nuevo brillo al mundo y a la humanidad*».⁶⁶

1.2. *Qué experiencia*

52. Hemos dedicado nuestra Carta Pastoral colectiva de 2002 a esclarecer la entraña de la experiencia de la fe. Hoy subrayamos, ante quienes la minimizan como sentimiento periférico de personas inestables propensas a la sugestión, que la experiencia de la fe no es asunto de sentimientos, sino del corazón. Precisamente por esto implica no sólo el asentimiento de nuestra mente sino que compromete los afectos, los valores, la voluntad.

Muchos creyentes tienen un concepto «extraordinario» de la experiencia de la fe. No se trata en la inmensa mayoría de los mortales de fenómenos místicos de alta intensidad. Consiste en una afinidad connatural con el mundo de la fe, que sabe descubrir en la hondura de los acontecimientos cotidianos de nuestra existencia, leídos a la luz de la Escritura, la presencia discreta de Dios.

La experiencia de la fe es, pues, experiencia de Dios. Él se manifiesta, siempre en penumbra, en el corazón de nuestras experiencias humanas: en la vida familiar y laboral, en los acontecimientos alentadores y preocupantes, en la enfermedad y en la curación, en el estudio y la reflexión, en los gestos de solidaridad, en la celebración de nuestra fe. Es preciso afinar la vista y el oído de la fe para descubrir su presencia. La fidelidad a Dios y la apertura humilde de nuestro corazón a Él aquilatan esta experiencia.

1.3. *Iniciar y reiniciar*

53. ¿No es el déficit de experiencia de la fe una debilidad casi endémica de nuestras comunidades? Para reavivarla se vuelve urgente reforzar y actualizar una praxis eclesial que durante muchos siglos ha forjado generaciones y generaciones de creyentes: la iniciación cristiana. No sólo la necesitan los alejados que buscan o los practicantes ocasionales. También muchos practicantes habituales habríamos de someternos a una reiniciación a la fe y a la vida cristiana. Ciertas convicciones y actitudes muy básicas que damos por supuestas no están tan asentadas como parece. El edificio acabará cuarteándose si no le inyectamos cargas importantes en los mismos cimientos.

⁶⁶ C.G. JUNG, *Psicología y Religión*, Ed. Paidós (Barcelona 1987), p. 167.

Una verdadera iniciación es algo mucho más rico que un simple adoctrinamiento mental. Iniciar es despertar a la experiencia de la fe y desde ella enriquecer sus contenidos, orientar la vida moral, familiarizar con la Palabra de Dios y con los grandes símbolos de la liturgia, cultivar el sentido comunitario, abrir la sensibilidad para servir a la sociedad.

No serán probablemente demasiados los que se decidan a someterse a un proceso semejante. Nos resulta extraño y doloroso que así sea cuando tantos y tantas se apuntan hoy a largas y exigentes sesiones de gimnasio, de adelgazamiento, de cursillos o actividades de aprendizaje diversos. No desistamos. Llegaremos hasta donde podamos. Debe preocuparnos más la calidad del proceso que el número de participantes.

1.4. *Aprender a orar*

54. Dentro del itinerario de la iniciación, aprender a orar es decisivo para la experiencia y práctica de la fe. La oración hace que Dios sea para nosotros «real», no un ser intermedio entre la realidad y la imaginación. Es lugar privilegiado para discernir acerca de nuestra vida a la luz de la fe y descubrir muchas veces entre sombras, lo que Dios pide de nosotros. Sin orar asiduamente el cristiano languidece y el apóstol desiste. Los sacerdotes hemos invitado reiteradamente a orar. No hemos puesto el mismo acento para enseñar a orar. El Espíritu Santo está suscitando hoy en nuestras Iglesias esta demanda. Queremos escucharla y secundarla.

2. Una fe trabajada por el seguimiento

55. En los tiempos que corren «*sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética de mínimos y una religiosidad superficial*». ⁶⁷ Lamentablemente la llamada de Jesús al seguimiento ha sido entendida durante siglos como exclusiva para personas consagradas. Hoy están disipadas las reticencias de algunos exegetas que estimaban que Jesús habría reducido dicha llamada al núcleo íntimo y estable de sus seguidores inmediatos. Las afirmaciones de la teología son inequívocas: la llamada al seguimiento es universal. El Concilio Vaticano II confirmó plenamente esta afirmación. «*Todos los cristianos de cualquier estado o condición están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección en el amor. Esta santidad favorece también en la sociedad terrena un estilo de vida más humana. Alcanzarán dicha perfección siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre*». ⁶⁸ Así como «Jesús es el Señor» es la fórmula breve de la fe pascual, ⁶⁹ «seguir a Jesús» es la fórmula breve del

⁶⁷ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 31.

⁶⁸ CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 40.

⁶⁹ *Hch* 2, 36

comportamiento cristiano. Consiste en asumir como propias las opciones, los valores, las actitudes y los comportamientos de Jesús y actualizarlos en nuestra concreta situación de vida.

Seguir a Jesús es haber sido seducido por Él. Es depositar en Él una ilimitada confianza. Es sentirse envuelto en un amor incondicional hacia el Señor. Es identificarse con su escala de valores. Es decidirse a compartir su misión. Es adherirse a la comunidad de seguidores. Las capas afectiva, valorativa y decisoria de nuestra persona quedan centradas en la persona de Jesús, en el proyecto de Jesús y en la comunidad de Jesús.

Lejos de sentirse atrapado por Jesús, el seguidor vive una inexplicable experiencia de libertad y una inefable alegría. Jesús no promete a sus seguidores éxitos ni logros espectaculares. Sólo les promete libertad y alegría. Una libertad que no es indolora pues supone saber posponer, cuando es necesario, los bienes, las relaciones, los proyectos, las ambiciones, las pasiones, las aspiraciones, la propia familia. Tal desprendimiento produce sufrimiento pero no arrebatada la alegría, una alegría incomparable con ninguna otra. Dicen que la alegría es un bien escaso. La alegría no es un bien escaso para los que siguen a Jesús. Quienes son escasos son los seguidores.

56. El seguimiento no es sólo un requerimiento del Señor. Es también una condición para ofrecer el Evangelio de manera creíble. La fuerza interpeladora de una comunidad cristiana que en su mayoría siguiera sinceramente a Jesús sería incalculable. La multiplicación de comunidades más reducidas, pero radicalmente evangélicas, dentro de la gran comunidad, daría otro color a ésta y suscitaría sorpresa, admiración y atractivo en bastantes alejados. La presencia capilar de una muchedumbre de cristianos verdaderamente seguidores sembrados en todos los entresijos de la sociedad haría pensar a muchos. Nuestra Iglesia se juega mucho en la calidad y cantidad de los seguidores.

El seguimiento de Jesucristo postulado en los Evangelios es tan radical que puede parecer utópico e irreal para nuestro tiempo. Indudablemente las condiciones de vida de Occidente no son clima propicio para practicarlo. Ésta es la razón principal que explica lo que algunos sociólogos han llamado «cristianismo lighth» como forma generalizada y corriente de la vida cristiana: un híbrido entre la adhesión a Jesucristo y otras lealtades incompatibles con ella. La biología nos enseña que los híbridos son infecundos. Tendríamos que preguntarnos si la Iglesia ha perdido fuerza interpeladora por exigir demasiado o demasiado poco. Tal vez tengamos muchos la querencia a exigir demasiado en algunos aspectos y demasiado poco en otros.

El seguimiento es exigente, pero supone la fragilidad y es compatible con ella. Jesús dice: «*para los hombres es imposible, pero para Dios nada hay imposible*». ⁷⁰ Incluso admite que asumamos gradualmente sus requerimientos. Pero no es compatible con las «rebajas», la incoherencia crónica, la ambigüedad, y la doble vida.

3. Una fe vivida en comunidad

3.1. *¿Colectividad o comunidad?*

57. «*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión*»⁷¹ es un hermoso desafío lanzado por el Papa en el inicio del nuevo milenio. El desafío es pertinente. No partimos de cero, pero nos queda una larga travesía.

Para una mirada sociológica, no es lo mismo colectividad que comunidad. En la colectividad (pensemos p.e., en una asociación de comerciantes o profesionales) los lazos entre los miembros provienen de la convergencia de intereses de los asociados. Los vínculos personales entre ellos son, en consecuencia, tenues y efímeros. Las relaciones internas, por lo general, no son cálidas ni gratuitas. Las exteriores son corporativas (defienden los intereses del grupo) no solidarias (abiertas al bien común). En cambio los miembros de una comunidad (imaginemos, p.e. una familia) tienen mucho en común: lazos de sangre, idéntico origen, historia, valores compartidos. Por eso los lazos de una comunidad sana son fuertes y sólidos y en su seno están vivas la comunicación y la solidaridad.

3.2. *La comunidad es necesaria para vivir la fe*

58. Nuestras parroquias y otras agrupaciones análogas suelen situarse con frecuencia en el espacio que va de la colectividad a la comunidad. Tienen en grados muy diferentes según los casos, caracteres que les acercan a los dos polos descritos. Puesto que nuestra vocación es formar comunidad, todo empeño por cultivar los caracteres comunitarios va bien encaminado. Nuestras agrupaciones eclesiales están *llamadas a ser* en la realidad lo que *son* en el proyecto salvador del Señor. Es pues necesario mantener decididamente este empeño.

No se trata, sin embargo simplemente de una necesidad teológica, sino también sociológica: para vivir con integridad la vida cristiana y mantener incluso la fe católica hoy, en tiempos de intemperie, es cada vez más necesario pertenecer efectivamente a la comunidad. Hablando de la parroquia la Conferencia Episcopal Italiana decía recientemente que en un contexto social que favorece la dispersión y la sequedad de las

⁷⁰ Mt 19, 26

⁷¹ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, n. 43.

relaciones, es vocación de las parroquias «*practicar la acogida sin exclusiones, vivir relaciones de proximidad, cultivar vínculos concretos de conocimiento y amor, celebrar la Eucaristía y hacerse cargo de los habitantes del lugar, sintiéndose enviados a ellos*». ⁷²

Un creyente con escaso o nulo apoyo de la comunidad eclesial vivirá a lo sumo, una vida eclesial lánguida, si es que no tiene contados los días de su fe. Necesita un clima familiar y cálido que le resulte alternativo con respecto a muchos ambientes fríos, duros y competitivos de la sociedad. Necesita alimentar su sentido de pertenencia a la comunidad, cuando tantos factores le inducen a la desafección y a la distancia. Tal vez una de las causas que más influyen en el enfriamiento religioso de muchos sea la carencia de lazos estrechos y ricos con su comunidad. Ser acogidos correcta y educadamente no les es suficiente. Quienes nos reunimos en la Eucaristía no estamos allí por ser simplemente conciudadanos, sino *por y para* ser hermanos.

3.3. *A imagen y semejanza de las comunidades del NT*

59. Toda comunidad cristiana tiene bien reflejado su «código genético» en el NT, sobre todo en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Estos son los rasgos más marcados de las primeras comunidades. Tienen viva conciencia de que el Espíritu está presente en ellas. ⁷³ Reunirse para escuchar y celebrar la Palabra, la Eucaristía y la oración común entra como pieza ineludible en el programa de su vida. ⁷⁴ Muestran un vivo sentido de fraternidad ⁷⁵ en virtud de la cual practican una generosa comunicación de sus bienes. ⁷⁶ Se dedican activamente a la mutua edificación. ⁷⁷ Entre sus miembros están abolidas las barreras sociales y culturales. ⁷⁸ Están igualmente excluidas las relaciones de dominio ⁷⁹ y de violencia. ⁸⁰ Se sienten diferentes del resto de la sociedad, ⁸¹ aunque pertenecientes a ella y servidores. ⁸² No obstante adoptan una actitud de resistencia cuando así lo pide la fidelidad al Evangelio. ⁸³ Su presencia causa sorpresa, admiración y agresividad. ⁸⁴ No son comunidades sin pecado: subsisten la ambición, los protagonismos, las rivalidades, los deslices sexuales. ⁸⁵ Pero hay en ellos una fuerza que les induce a mantener su identidad, a vivir como comunidad alternativa y a ofrecer su testimonio a la sociedad.

⁷² CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, «Il volto missionario delle parrocchie in un mondo che cambia», en *Informes de la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Española* (julio 2004), p. 137.

⁷³ *Hch* 2, 16-21

⁷⁴ *Hch* 2, 46

⁷⁵ *I Jn* 2, 7-11

⁷⁶ *Hch* 4, 34-35

⁷⁷ *I Ts* 5, 14-15

⁷⁸ *Ga* 3, 26-29

⁷⁹ *Mc* 10, 42-45

⁸⁰ *Mt* 5, 43-48

⁸¹ *Jn* 17, 14-19

⁸² *Mt* 5, 43-48

⁸³ *Hch* 4, 18-21

⁸⁴ *Hch* 8, 1-3

⁸⁵ *I Co* 1, 10-13; 5, 1-2

3.4. *Comunidades y comunidad*

60. A través de los siglos, los creyentes hemos intentado encarnar de mil maneras diferentes el ideal comunitario presentado en el Nuevo Testamento. Hoy nos toca enraizar las comunidades cristianas en un mundo diferente con fidelidad a los orígenes y con creatividad para adaptarnos a los nuevos tiempos. La renovación de las comunidades entraña transformación e incluso conversión.

En toda comunidad habrán de tener especial relieve la conciencia viva de la presencia de Jesús en la Palabra, en la Eucaristía, en los pobres, en la misma comunidad y en el presbítero que hace presente en ella a Cristo Pastor. La oración, la celebración de los sacramentos, la comunicación de bienes y servicios, la reconciliación, la misión evangelizadora compartida y el amor servicial y crítico a la sociedad no son, en absoluto, opcionales.

Encarnar todos estos caracteres es menos difícil en una comunidad de talla humana que en una macroparroquia o en una diócesis entera. Los grandes números modifican cualitativamente los grupos. Pero la Iglesia no es un archipiélago de pequeñas comunidades. Todas están articuladas entre sí por un vínculo inestimable que viene de la misma Trinidad: la comunión. Cada una es una célula de Iglesia, pero no es *la* Iglesia universal, ni *la* Iglesia diocesana. Sin éstas la fe personal o la del pequeño grupo iría empobreciéndose y deformándose hasta quedar reducida a algo parecido a las ruinas de un edificio. La fe de la Iglesia es espejo de contraste en el que puedo percibir las limitaciones y vacíos de mi propia fe. Sin la «Iglesia mayor» (diócesis, Iglesia universal) faltaría a las pequeñas comunidades el oxígeno de una ancha comunión, los testimonios de vida cristiana provenientes de todos los rincones diocesanos y universales, la reflexión teológica y las experiencias pastorales de otros lugares, el sentimiento de pertenencia a una familia extendida por todo el mundo, la guía de sus pastores. Cuanto más se aísla una pequeña comunidad, más pronto se muere. Una comunidad, una parroquia, un arciprestazgo, una unidad pastoral que «sólo perteneciera a Jesús y a sí misma» tendría los días contados.

3.5. *Hacia una mayor y mejor comunicación*

61. Es preciso hilvanar estas reflexiones en un momento en que «la Iglesia mayor» está pasando por uno de los momentos más delicados de su historia reciente. La crudeza de gran parte de la opinión pública sobre todo respecto de la jerarquía eclesiástica y la crisis de la confianza espontánea entre una parte sensible de la comunidad cristiana y sus pastores son preocupantes no sólo, ni principalmente, porque hacen sufrir y afligirse a muchas personas y grupos, sino porque debilitan la eficiencia del signo de la Iglesia. Si el signo se oscurece para los indiferentes, su reencuentro con la fe se torna todavía

más difícil. Si se nubla también para muchos creyentes, una fe empobrecida y una comunión debilitada se vuelven inevitables.

Tenemos ante nuestros ojos un quehacer tan importante como difícil y delicado: restañar las heridas de las relaciones eclesiales internas e iluminar el rostro de la Iglesia con la luz de la verdad y la humildad, la valentía profética y la autocrítica, la palabra neta y el diálogo sincero, la exquisita sensibilidad por todos los problemas humanos y la aclaración objetiva de sus implicaciones morales, la comprensión compasiva derivada de nuestra condición de señales de la misericordia de Dios y la claridad doctrinal sólidamente arraigada en la fe, la paciente mansedumbre ante la agresividad y la entereza ante la defensa de la verdadera dignidad del ser humano, que es incluso más originaria que su misma libertad.

También aquí encontramos una tarea por realizar en el interior de las comunidades. El amor a la Iglesia, no sólo en el nivel de la pequeña comunidad eucarística o parroquial, sino también en el plano de la comunidad diocesana y universal, requiere hoy un refuerzo muy considerable. La lejanía inevitable de «la Iglesia grande» dificulta su conocimiento real y la relación familiar y cálida con ella. En el hueco de esta lejanía se nos desliza fácilmente la imagen desfavorable del ambiente secular. La «experiencia» es suplantada por la «imagen». Hemos de promover encuentros directos que transmitan mejor a los creyentes el latido real de nuestras Iglesias. La información que ofrezcamos sobre proyectos y realidades evangélicas admirables es necesaria incluso para neutralizar los efectos desmoralizadores producidos por una imagen social persistentemente cultivada por muchos medios de comunicación. Los cristianos tienen derecho a saber directamente de su Iglesia. Todos tenemos experiencia de que los encuentros reducidos o multitudinarios (una marcha a un santuario, una convocatoria para pedir la paz) tienen la virtud de reforzar la fe de muchos.

4. Una fe urgida a la evangelización

4.1. Nueva evangelización

62. *«La evangelización es el ofrecimiento libre de la Buena Noticia de Jesucristo a un medio humano que o bien no ha recibido aún el mensaje o lo ha recibido de manera substancialmente insuficiente»* (Rovira Bellosó). Esta aproximación sigue siendo válida para nosotros si tenemos en cuenta que una parte notable de las generaciones que componen hoy el tejido de la población europea occidental no ha recibido el mensaje sino en una medida muy precaria y parcial. Algunas franjas importantes apenas lo están recibiendo. Aprecian determinados valores humanos como la libertad, la dignidad de la persona y la solidaridad que históricamente han sido aportados por el cristianismo pero niegan todo crédito a la fe que promovió estos valores.

Consciente de estas graves carencias, Juan Pablo II alumbró la intuición y algunas líneas del proyecto de una «nueva evangelización». Él mismo lo identificó como «*el anuncio de la fe en aquellos países de tradición cristiana en los que la fe no es ya una realidad viva y operante*». ⁸⁶ «*A un nuevo paganismo es preciso responder con una nueva evangelización*» (discurso a los obispos del Lazio).

4.2. *Los motivos del impulso evangelizador*

63. El mensaje del Evangelio es ciertamente humanizador y saludable para todos. Pero no es éste el motivo decisivo de su anuncio. La evangelización no busca primariamente «recuperar el terreno perdido», sino responder fielmente a esta convicción: «*Dios quiere darse a conocer a través de nosotros, que formamos su Iglesia*». ⁸⁷ Evangelizar es decir sí a este deseo y colaborar con Él.

El deseo de Dios se corresponde con los deseos y necesidades más profundos de los hombres y mujeres de todos los tiempos; también de los nuestros. Tales deseos se ocultan debajo de una cultura que ha colocado al ser humano con su razón autónoma y su libertad emancipada en el centro de su atención y de su estima casi «adoradora». Pero no pueden ocultarse del todo. Por las rendijas de este mundo cerrado, apuntan las preguntas: ¿es verdad que el sentido de nuestra vida está en nuestras manos? Y, si perteneciéramos a Otro y Él fuera el secreto y la fuente de nuestra razón, de nuestra libertad y de nuestra felicidad? ¿Todo se reduce a nuestros proyectos, realizaciones y evasiones?

Deseo salvador de Dios y deseo soterrado del hombre interpelan a la Iglesia diciéndole: «Sé lo que eres: signo del amor y la solicitud de Dios por todos los seres humanos. Un signo está hecho para significar. Muestra con tu misma forma de existencia que el hombre ha venido a este mundo para escuchar a Dios y responderle mediante la adoración, la fraternidad entre los creyentes y la solidaridad con la suerte del mundo y con la suerte de los pobres. Que tu palabra de anuncio sea confirmación y complemento de tu vida». ¿Puede una comunidad cristiana no sentirse llamada a la conversión con un requerimiento como éste?

4.3. *Los interlocutores de hoy*

64. Si el amor salvador de Dios se extiende a todos ¿quiénes somos nosotros para marginar a nadie de nuestra propuesta evangelizadora? Ni siquiera a ese alto porcentaje de jóvenes y mayores que «viven periféricamente», dominados por la urgencia de la producción y la búsqueda de la satisfacción. Tampoco a aquellos que por unas razones u

⁸⁶ JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, n. 33.

⁸⁷ J. KEZEL, art. c., p. 284.

otras, se han instalado en la indiferencia total. Ni ha reducido Dios su voluntad salvadora ni estos hermanos son tan diferentes que su apertura radical a Dios haya quedado cancelada.⁸⁸

Pero es deber nuestro concentrar preferentemente nuestro esfuerzo en aquellas personas y grupos más al alcance de las actuales energías de nuestras Iglesias. Enumerémoslos:

- Los que están en proceso de búsqueda religiosa. En algunos, la búsqueda es explícita. Pero son mucho más numerosos que aquéllos que hoy se acercan a la Iglesia en demanda de luz y orientación para encontrar a Dios. ¿No podrían los sacramentos de sus hijos ser ocasión para que quienes están en esta situación tuvieran la oportunidad de dar forma a su inquietud y encontraran un inicio de respuesta? En otros, la búsqueda es implícita: son aquéllos que se adhieren con toda seriedad a valores éticos como «absolutos sin rostro divino». Están menos lejos de lo que parece.
- Los cristianos practicantes, ya señalados como necesitados de una reevangelización.
- Los cristianos de los nuevos movimientos eclesiales y de las pequeñas comunidades que se esfuerzan sinceramente por vivir una existencia convertida al Evangelio. Somos sus pastores. Habremos de ayudarles a enriquecer su fe educando su adhesión a la Iglesia diocesana y universal y procurando que no falte en ellos ninguno de los valores que constituyen una experiencia cristiana substancialmente integra. Algunos necesitarán incorporar más decididamente el compromiso transformador. Otros habrán de cuidar más la interioridad y la oración o la formación. Todos tienen mucho que recibir de su Iglesia y mucho que aportar a ella.
- El núcleo vivo y motivado que colabora en nuestras comunidades parroquiales, colegiales o realidades análogas. Deberemos cuidar exquisitamente su experiencia cristiana completa y animar su compromiso eclesial.
- El núcleo de cristianos netos y sólidos inmersos en compromisos cívicos como la sanidad, la escuela, la cultura, el ocio, el compromiso sindical y político. Necesitan y desean un alimento consistente para vivir su fe y su compromiso cristiano en espacios delicados, importantes y bastante inhóspitos para un testimonio cristiano.

4.4. *Cómo evangelizar*

65. Si la cultura actual ha modificado de manera tan notable la sensibilidad mental y vital de nuestros conciudadanos y sus actitudes ante la fe, quienes tenemos la misión de proponérsela habremos de ser conscientes de los cambios acaecidos. El destinatario es, en un grado importante «un hombre y una mujer distintos». Intuimos estos cambios. Necesitamos tiempo para actualizar la propuesta a estos nuevos destinatarios. Necesitamos paciencia para aguantar la oscuridad y esperar «como el centinela la aurora», que nazca el alba, pero con una espera activa y buscadora.

⁸⁸ CONCILIO VATICANO II, *Gaudium et spes*, nn. 19, 21, 24, 41.

Las pautas que en el Decreto sobre las Misiones (*Ad gentes*) ofreció el Concilio Vaticano II y renovó el Papa en la encíclica *Redemptoris missio*, son hoy más actuales que nunca para nosotros, precisamente porque estamos más próximos que en el pasado a un «estado de misión»: presencia en todos los ambientes; diálogo con los interlocutores; colaboración en toda causa justa y noble; testimonio cristiano de vida; anuncio explícito de Jesucristo.

Precisamente porque, en medio de tantos cambios, el fondo del corazón humano no cambia substancialmente y es manantial de preguntas y deseos que apuntan a Dios, habremos de centrar nuestra atención evangelizadora en esas preguntas de fondo. Y en aquellos medios en los que, por las ocupaciones, preocupaciones y diversiones de la vida, no brotan estas preguntas, tendremos que procurar despertarlas, provocándolas discretamente. Hay en la vida de las personas momentos más propicios, «rupturas de nivel» en los cuales es menos difícil este despertar.

Juan Pablo II calificó la nueva evangelización con tres apelativos: «*nuevo ardor, nuevos métodos, nueva expresión*».⁸⁹ Nos permitimos comentar y prolongar estos apelativos. El ardor nace de una comunidad convertida que redescubre la fe y la ofrece con entusiasmo. Los métodos no consisten tanto en los medios técnicos contemporáneos cuanto en la propuesta humilde de un Evangelio cuya fuerza no reside en las circunstancias favorables, sino en el poder del amor salvador de Dios. La nueva expresión reclama algo más que poner al día nuestro vocabulario: es anunciar la Buena Nueva en un lenguaje que exprese al mismo tiempo nuestra experiencia de Dios y nuestra sintonía sincera, aunque crítica, con el mundo presente.

4.5. *Con los pobres al fondo*

66. El mundo moderno se desentiende en gran medida de los pobres. La Iglesia no puede caer en este tremendo olvido. Nuestra misión evangelizadora nos empuja a despertar y alimentar una saludable «mala conciencia» en la sociedad y en las mismas comunidades cristianas.

El Sínodo de 1974 afirmó que «*la acción a favor de la justicia no es solamente causa de credibilidad de la Iglesia sino parte integrante de la evangelización*». «*Sin solidaridad de la Iglesia con los que sufren, sean los que sean, el Evangelio resulta tan incomprensible como increíble*» (E. Schillebeeckx). Tendríamos que mutilar severamente el Evangelio para «purificarlo» de su debilidad para con los pobres de toda condición.⁹⁰

⁸⁹ JUAN PABLO II, Discurso al C.E.L.A.M. (1983).

⁹⁰ *Mt* 5, 1; *Mc* 1, 40-42; *Lc* 7, 11-17; *Jn* 5, 1-9

Por eso la acción sociocaritativa de la Iglesia constituye, junto con el servicio a la Palabra y a la celebración de la Eucaristía uno de los tres grandes capítulos de la acción de la Iglesia. «*El anuncio del Evangelio es la primera forma de la caridad. Pero... sin el testimonio de la caridad... corre el peligro de ser incomprendido o de quedarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día*».⁹¹ En la Iglesia los pobres han de ser tratados como auténticos iguales. Hemos de ir transformándonos cada vez más en esa comunidad en la que los marginados y olvidados de la sociedad civil vean reconocida su dignidad de hijos de Dios y miembros del Cuerpo de Cristo. De nuestra dedicación a ellos depende en gran medida la renovación de la Iglesia. Porque no son sólo destinatarios de nuestro servicio. Son también intermediarios de la salvación de Dios.

V.– APUNTES PARA CONCRETAR NUESTRAS OPCIONES

67. ¿Cómo dar cuerpo a las opciones del capítulo anterior de manera que las sugerencias para la acción pastoral resulten actuales (es decir, adaptadas a nuestra situación) y posibles (proporcionadas a nuestras fuerzas)?

No podemos sino indicar algunos apuntes. No conocemos en esta hora toda la hoja de ruta. Somos como conductores en itinerario nocturno y enrevesado, obligados a utilizar sobre todo las luces cortas. Sin embargo, no queremos mirar sólo el presente. Nos preocupa también el futuro de la Iglesia y especialmente el porvenir de nuestras diócesis. No añoramos en absoluto una Iglesia poderosa. Pero queremos una Iglesia que mantenga el sabor y el vigor evangélicos para que siga siendo significativa en la sociedad del futuro. Abiertos siempre a la sorpresa del Espíritu Santo, deseamos dar desde ahora algunos pasos modestos que colaboren con Él en este noble quehacer.

1. Un estilo pastoral renovado

68. Preparar el futuro desde la situación presente entraña la necesidad de renovar nuestro estilo pastoral, que está llamado a ser más espiritual, más comunitario, más evangelizador, más corresponsable, más personalizado y más centrado en la formación del núcleo pastoral de nuestras comunidades.

⁹¹ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La caridad de Cristo nos apremia*, n. 1.

1.1. *Más espiritual*

Un estilo más *espiritual* comporta, al menos, estos requisitos. En primer lugar, la convicción humilde y confiada de que «sólo Dios salva». Nosotros somos sólo servidores. «Hemos hecho únicamente lo que teníamos que hacer».⁹² Él suscita la búsqueda, convierte, enseña por dentro, llama al compromiso. Descansar en Dios de nuestros afanes y trabajos apostólicos confiándoselos a Él es signo de haber asimilado esta convicción. Éste es un punto capital de la espiritualidad del apóstol. Lo es más cuando, como en nuestras circunstancias, los frutos pastorales son menos tangibles y la sensación de ineficacia es más recurrente. Es necesario que los responsables presbíteros, religiosos o laicos estemos iniciados en la rica, estimuladora y exigente espiritualidad apostólica. Ella ha de ser uno de los capítulos de la formación del núcleo de colaboradores ministeriales.

Tales convicciones postulan como una actividad fundamental, ejercitada en privado y en común, la oración apostólica. Pablo nos la enseñó prácticamente en sus Cartas.⁹³ «Es una oración ligada al apostolado y en él encuentra su origen y alimento... Prepara, acompaña e incluso releva a la acción apostólica cuando ésta no es posible» (Lyonnet).

1.2. *Más evangelizador*

69. Un estilo más *evangelizador* nos es reclamado hoy por la situación de fe de muchos bautizados, que pertenecen estrictamente al grupo de los que apenas han recibido la Buena Noticia o la han recibido de manera substancialmente insuficiente. No resulta, pues, correcto ni provechoso distinguir las actividades pastorales de la vida ordinaria de las tareas propiamente evangelizadoras. Las mismas actividades (desde una entrevista con los novios hasta una homilía), pueden realizarse en clave evangelizadora o en clave de pastoral de conservación. Lo decisivo es la clave. En el primer caso, reconocemos prácticamente que los interlocutores necesitan profundizar en su conversión a la fe. En el segundo, lo damos por supuesta..., o quizá por imposible. Siendo la clave lo decisivo, es preciso añadir que una comunidad que no introdujera en su proyecto pastoral algunas iniciativas destinadas a los más lejanos de la fe, mostraría una carencia de creatividad y de vigor. La fuerza expansiva de la fe es signo de su vitalidad.

1.3. *Más comunitario*

70. Un estilo más *comunitario* postularía hoy de nosotros, entre otras muchas condiciones, una mayor atención a la diversidad de dones y carismas que el Espíritu siembra en la comunidad para el ejercicio de los distintos servicios y ministerios. Nos

⁹² Cfr. *Lc* 17, 10

⁹³ *Col* 2, 1-3-; *2 Tm* 1, 3-5

orientaría hacia un mayor desarrollo ministerial de las mismas comunidades. Concretamente, a plantearnos un impulso del diaconado permanente en nuestras diócesis y reconocer y promover algunos ministerios laicales. Así lo hizo la Iglesia primitiva conducida por el Espíritu. Así lo aconseja el Papa en *Novo millennio ineunte*, n. 46. Ya *Christifideles laici*, n. 23 decía: «*Los pastores han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el Bautismo y la Confirmación y, para muchos de ellos, además en el matrimonio*».

Resulta pertinente recordar aquí los caracteres de un verdadero ministerio laical. Son servicios que cubren áreas importantes de la vida de la Iglesia (la catequesis, la pastoral familiar o sanitaria, la acción socio-caritativa, etc). Reclaman una dedicación estable y un nivel notable de responsabilidad asumida. Requieren un reconocimiento por parte de la Iglesia. Es muy coherente que tal reconocimiento se dé públicamente ante la comunidad en una celebración.

Las diócesis tendríamos que determinar con precisión cuáles son los servicios que deberían ser públicamente reconocidos como ministerios. Tendríamos asimismo que designar a las personas aptas para desempeñarlos y ofrecerles la formación adecuada.

Reconocer y dar así publicidad a los ministerios enriquece a la Iglesia entera como signo sacramental que se expresa más plenamente en la variedad de sus funciones. Contribuye a asegurar la calidad y estabilidad de muchos servicios eclesiales necesarios. Modifica además la imagen incorrecta de una Iglesia que es percibida como compuesta por «emisores» (los sacerdotes) y «receptores» (los laicos). «*En la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, cada uno ejercemos distintas funciones. Uno centra todo su interés en el estudio de la sabiduría de Dios y la doctrina de la palabra, perseverando día y noche en la meditación de la ley divina: es el ojo del cuerpo. Otro se ocupa del servicio a los hermanos y a los indigentes: es la mano de este santo cuerpo. Otro es ávido oyente de la Palabra de Dios: es el oído del cuerpo. Otro se muestra incansable en visitar a los postrados en cama, en buscar a los atribulados y en sacar de apuros a quien se encuentra en alguna necesidad: podemos indudablemente llamarle pie del cuerpo de la Iglesia*» (Orígenes).

1.4. *Más corresponsable*

71. El Concilio Vaticano II (*Ad gentes*) y la reflexión posterior de la Iglesia (*Christifideles laici*), están postulando que los adultos laicos en la Iglesia sean «laicos adultos». La sensibilidad social valora asimismo la auténtica participación de los miembros en la vida de su comunidad.

Esta orientación básica entraña consecuencias pastorales importantes. Nos está pidiendo que los colaboradores se conviertan en corresponsables. Un mero colaborador participa sólo en la ejecución de los proyectos. Un miembro corresponsable participa en la gestación, madura la decisión y colabora en la realización de lo proyectado. Precisamente por ello se siente solidario a la hora de hacerse cargo de los resultados del proyecto realizado y no declina su responsabilidad personal sobre los hombros de los coordinadores. Animado por este espíritu, *Novo millennio ineunte*, n. 40 nos convoca a «una acción misionera que no podrá ser delegada sobre unos pocos “especialistas” sino que ha de acabar implicando la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios».

La corresponsabilidad ejercida refluye favorablemente sobre la identidad cristiana y eclesial de quienes la ejercen. Les hace vivir más intensamente su condición de sujetos evangelizadores. Acentúa en ellos la conciencia de ser partícipes, junto a otros laicos, religiosos y presbíteros, de la única misión evangelizadora de la Iglesia.

No comprenderíamos adecuadamente la corresponsabilidad si la redujéramos a una praxis postulada únicamente por las tareas de la edificación interna de la comunidad eclesial. También los cristianos implicados en virtud de su fe en la construcción y renovación de la comunidad cívica en la familia, en la profesión, en el área cultural, sindical y política, han de sentirse corresponsables no sólo con aquéllos y aquéllas con los que trabajan al servicio de causas humanizadoras, sino también con la comunidad cristiana a la que pertenecen y por la que son enviados a promover el Reino de Dios. De su Iglesia han de recibir no consignas que interfieran su legítima autonomía, pero sí criterios y servicios que rieguen y motiven su compromiso cristiano. A su Iglesia han de ofrecer la óptica desde la que ven a la sociedad y a la misma comunidad eclesial. Ésta necesita sus indicaciones y sugerencias para que acierte a situarse más adecuadamente en el mundo y cumpla mejor su misión.

1.5. *Más personalizado*

72. La psicología del hombre y la mujer contemporáneos y las especiales circunstancias de la evangelización nos conducen a imprimir a nuestra acción pastoral un fuerte sello de atención a cada una de las personas. Estamos llamados a realizar una «pastoral de artesanía». Hoy menos que nunca pueden tallarse «cristianos en serie». Por supuesto son necesarias las prestaciones pastorales colectivas; pero al menos para un número notable no son suficientes. Los que están en búsqueda, la pareja de novios, los matrimonios, cualquier creyente al que queremos invitar a que asuma un compromiso, requieren atención individualizada. No son tiempos de cosechas abundantes. Hoy «sumamos de uno en uno».

El ministerio del acompañamiento personal a los creyentes, practicado al estilo de la época hasta tiempos recientes, vuelve a adquirir hoy un relieve extraordinario y puede resultar decisivo incluso para el encuentro de bastantes con la fe. Escuchar con sosiego a las personas, reservar tiempo para su acogida, conectar con la gente en momentos especialmente densos de su existencia (nacimiento de un hijo, momentos de especial alegría o sufrimiento, opciones vitales importantes, enfermedad o muerte), es responder a una aspiración y necesidad de muchos a los cuales esta sociedad que parece tenerlo todo, no tiene tiempo de escuchar. Pero es, sobre todo, estar en sintonía con el amor de Dios, que se ocupa individualmente de cada uno de sus hijos⁹⁴ llamándolos por su nombre y con el espíritu del Buen Pastor que conoce (es decir, profesa familiar intimidad), a cada una de sus ovejas.⁹⁵

Este ministerio, hasta hace poco casi solamente en manos de los sacerdotes, no es, en absoluto, exclusivamente presbiteral. Es preciso descubrirlo en laicos y laicas. Hay hombres y mujeres que tienen aptitudes especiales porque intuyen bien, empatizan fácilmente y tienen sensibilidad espiritual y sensatez. Es preciso, además, preparar a estos acompañantes para cumplir tal ministerio. Y evitar que su servicio pastoral se vaya transmutando progresivamente en un acompañamiento puramente psicológico.

1.6. *Cuidar a los evangelizadores*

73. Con el núcleo de los colaboradores más inmediatos en la acción pastoral, los responsables podemos caer en una omisión de bulto: pensar que, dada su solidez y su responsabilidad, no necesitan de nosotros una especial atención personal. La calidad espiritual y apostólica del núcleo evangelizador de nuestras comunidades es decisiva. Esta calidad requiere servicios de formación, de espiritualidad, de talante comunitario, de destrezas necesarias para la pastoral que realizan. Requiere además un acompañamiento individualizado. Requiere asimismo interesarnos por su situación personal, tener el detalle de mostrarles que apreciamos su trabajo, expresarles nuestra confianza comunicándonos con familiaridad.

Bastantes colaboradores leales se han «quemado» al comprobar que *sólo* son colaboradores y que sus propuestas o iniciativas son descartadas autoritaria e indelicadamente. Otros se han «deshidratado» porque no les hemos ofrecido el agua de la espiritualidad, de la formación, del seguimiento personal. Algunos se han desencantado porque, al no percibir en nosotros signos de interés real por sus personas, han llegado a la conclusión de que también la Iglesia valora a las personas solo en función de su utilidad.

⁹⁴ *Sb* 11, 23-24

⁹⁵ *Jn* 10, 14-15

Tenemos en estas personas y grupos una mina de gran valor. Agradecemos a Dios cuidándola con esmero.

2. Renovar las grandes tareas eclesiales

74. El servicio a la Palabra de Dios, la celebración y la acción caritativa son los grandes capítulos de la acción eclesial. Para renovar las comunidades es preciso renovar cada una de estas tareas mayores que están llamadas a realizar.

Un criterio debe inspirar aquí nuestro empeño renovador: es preciso subrayar aquello que, debidamente actualizado, es central y común, sin demorarnos en acentuar aspectos que, aún siendo legítimos, no pertenecen al núcleo esencial de la fe, de la celebración, de la práctica de la caridad.

2.1. *El servicio a la Palabra de Dios*

La atracción hacia la Palabra de Dios, suscitada por el Espíritu Santo, está reclamando y generando en nuestras Iglesias numerosos grupos de lectura creyente de la Biblia. Es visible el fruto espiritual que estos grupos reciben. Descubrir la Palabra de Dios es *«hacernos contemporáneos a ella para que ella se haga contemporánea a nosotros»* (card. Ratzinger). La alegría y la fortaleza que este descubrimiento produce es patente y esperanzadora. Deseamos vivamente que estos grupos se multipliquen y vayan generando una piel fresca en la piel un tanto reseca de nuestras comunidades.

El servicio a la Palabra de Dios ha de actualizarse también en la predicación. Muchos oyentes más bien la soportan que la desean. No la escucharán con interés sino en la medida en que ésta conecte no sólo con sus problemas diarios sino con sus aspiraciones y carencias más profundas, como son, entre otras, la necesidad de sentido y la soledad. *«Cuando tenemos un por qué y un para qué, soportamos mejor el cómo»* (V. Frankl).

Es muy difícil el arte de predicar así. Lo reconoce el Vaticano II cuando⁹⁶ afirma que *«resulta bastantes veces muy difícil en la situación actual de nuestro mundo»*. Tendríamos que prepararnos cuidadosamente los predicadores para asimilar una óptica diferente: aquélla que «va al fondo» del hombre y aquélla que no supone gratuitamente la solidez de la fe de los oyentes.⁹⁷

Los cristianos que se nutren de la Palabra de Dios están, como los capilares de la sangre, en todos los medios de nuestra sociedad. Si la «presión sanguínea» de su fe es alta,

⁹⁶ *Presbyterorum Ordinis*, n. 4.

⁹⁷ Cfr. J. OÑATE, *De la experiencia a la fe*, Ed. Idatz (San Sebastián 2003), pp. 221-255.

surgirán ocasiones para que la propongan y ofrezcan neta, discreta y respetuosamente a personas alejadas.

El *estilo narrativo* parece el más indicado para esta comunicación. «*La asimilación de la fe depende, en no pequeña medida, de los procesos interpersonales de identificación que se dan a través de las relaciones con personas concretas que tratan de llevar sinceramente el cristianismo a su vida diaria y están dispuestas a hablar de ello con los demás y a darles testimonio*» (Mette). Grandes testigos de la fe nos han dejado a lo largo de la historia textos inmortales que continúan enriqueciendo nuestra experiencia cristiana. La importancia que nuestros contemporáneos reconocen a la experiencia es un terreno favorable para esta forma de transmisión. Pero sólo se puede narrar la experiencia de fe con agradecimiento y modestia. El destinatario principal de esta narración es Dios mismo. Las «Confesiones» de San Agustín, en las que relata su itinerario espiritual y su experiencia de la fe, están dirigidas a Dios. Es preciso asimismo que esta narración sea real y sincera: sólo hemos de decir lo que hemos recibido. Las «narraciones edificantes con moraleja» adulteran nuestro relato y dejan entrever a los interlocutores sagaces cierta sensación de inautenticidad y de proselitismo.

Una gran mayoría de nuestros niños, que viven en un ambiente familiar y escolar próximo al paganismo, reciben de la mano de los catequistas la primera evangelización. Este trabajo ímprobo se desenvuelve entre muchas dificultades que ponen a prueba la abnegación de los catequistas. La catequesis familiar bien conducida y orientada parece resultar una motivación añadida para los niños y una delicada y fructífera interpelación a la fe adormecida y descuidada de los padres.

2.2. *La Celebración*

75. El servicio de la Palabra de Dios y la acción caritativa convergen en la celebración litúrgica, sobre todo en la Eucaristía. En ella se proclama la palabra y se motiva el compromiso. El Concilio lo ha dicho con una frase densa y feliz: «*La liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza*».⁹⁸ La celebración dominical de la Eucaristía es el encuentro privilegiado en el que la comunidad cristiana accede a esta fuente y a esta cumbre.

Asistimos hoy, en nuestra sociedad, a una transformación del sentido mismo del domingo, que se está convirtiendo en tiempo exclusivo para el ocio y en momento vital en el que se concentran actividades, marchas y celebraciones cívicas que ocupan el lugar en otros tiempos consagrado a la Eucaristía. Aún en medio de esta dificultad, los cristianos no podemos prescindir de la celebración del domingo. Para nosotros no puede convertirse en un día profano. Somos herederos de aquellos cristianos que hasta en

medio de las persecuciones no podían pasar sin la Eucaristía y respondían a sus perseguidores: «*No podemos subsistir sin el domingo*». Relatos análogos nos han llegado de los campos de concentración en los que los cristianos alimentaban su fe y su perseverancia por la participación clandestina en la Eucaristía. «*Entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia, ninguna es tan vital y formativa para la comunidad como la celebración dominical del día del Señor y de su Eucaristía*».⁹⁹

El domingo es para los cristianos «*día del Señor, día de la Iglesia y día del hombre*». Es el día del Señor porque actualiza su Pascua. Es el día de la Iglesia porque ésta se reúne para significar, reforzar y expresar públicamente su conciencia comunitaria. Es el día del hombre porque es fiesta que nos libera del yugo del trabajo y hace renacer la alegría y la esperanza.

La celebración eucarística del domingo está llamada a ser confesión gozosa de la fe en el Resucitado, escucha viva de la Palabra, profesión responsable del Credo, plegaria sincera a Dios, comunión con Cristo, ofrenda al Padre, asamblea fraterna e impulso para la misión.¹⁰⁰

Preparemos esmeradamente la Eucaristía dominical. La celebración del «Año de la Eucaristía» proclamado por el Papa, constituye un estímulo añadido. Cuidemos el espacio y la estética. Procuremos el equilibrio entre la Palabra y el Sacramento y entre el canto y el silencio. Demos relieve a los símbolos. Tengamos a la vista, en la homilía y en el conjunto de la celebración, a los creyentes distraídos que necesitan sacudir su apatía. Cuidemos el domingo y él nos cuidará a nosotros.

2.3. *La acción caritativa y social*

76. Existe un vínculo indisoluble entre la celebración y el servicio, puesto que el Dios Salvador que viene a nosotros en Jesucristo se ha identificado él mismo con los pobres y pequeños.¹⁰¹ El reto de las comunidades consiste en no separar la oración y la caridad; la meditación del Evangelio y la participación en las causas humanizadoras; la práctica sacramental y el servicio a los pobres.

La sociedad de nuestro tiempo tiene muchos medios para «neutralizar» la Palabra de Dios e incluso amordazarla cuando le moleste. Es más vulnerable al testimonio humilde, constante, comprometido, de la caridad practicada especialmente con los

⁹⁸ CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, n. 10.

⁹⁹ JUAN PABLO II, *Dies Domini*, n. 35. Cfr. también OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA: *Celebración cristiana del domingo* (Carta Pastoral, Cuaresma-Pascua, 1993).

¹⁰⁰ Cfr. OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Evangelizar en tiempos de increencia* (Carta Pastoral, Pascua de Resurrección, 1994).

¹⁰¹ Mt 25, 31-46

excluidos. «*Sólo el amor es digno de fe*» (Von Balthasar). Practicarlo con los últimos es una manera de decir «Dios» en este mundo.

Si la motivación primaria de la acción caritativa de la Iglesia es teológica (Dios se ha identificado en Jesús con los más pobres) será preciso que nuestras Cáritas y tantas otras obras de cuño social llevadas por los religiosos, cuiden la identidad y la motivación cristiana de todos sus responsables y colaboradores. Estas obras no deben ser preferentemente el espacio de los que, sintiéndose débiles en su fe, quieren hacer algo por los demás. Dedicarse a la acción caritativa tiene el mismo rango eclesial que servir a la Palabra o promover la dignidad de la Celebración. En consecuencia, el motivo primario ha de ser teológico. Y la formación cristiana, exigente.

3. Remodelar algunas estructuras pastorales

77. El movimiento de conversión al que somos llamados con apremio en este tiempo de Cuaresma no se remite sólo a nuestra vida espiritual y a nuestras actitudes pastorales. Alcanza también de lleno a la estructura y funcionamiento de nuestras mismas instituciones eclesiales. En ellas han de reflejarse y tornarse más operativas las opciones espirituales y pastorales realizadas. Una renovación que se limitara a mejorar los proyectos pastorales y a afinar las actitudes espirituales y apostólicas de las personas y grupos creyentes, sería un paso real, pero no suficiente. La renovación necesita encarnarse también en las estructuras. Proyectos y actitudes están reclamando nuevas formas de organización. Si no las alumbráramos estaríamos creando sufrimiento y parálisis.

Las transformaciones necesarias son, sin duda, más amplias e incluso más profundas que las que hoy nosotros podemos abordar. Nos fijamos en aquéllas que, con realismo, nos parecen posibles e incluso están realizándose, de manera en parte análoga y en parte diversa, en todas nuestras diócesis.

3.1. *Abrir la parroquia*

78. Esta célula de la diócesis, destinada a convocar y congregar a todos los bautizados de su demarcación y enviada por la Iglesia a todos los ciudadanos que viven en ella, es aún hoy una estructura pastoral sumamente apta y relevante. En ella reciben de ordinario los feligreses, al menos la primera iniciación a la fe. Para ellos se celebra al menos cada domingo la Eucaristía. Buena parte de sus recursos humanos y materiales se dedican a responder a los necesitados de la feligresía. La parroquia se ocupa y preocupa asimismo de la vida humana y cristiana de las familias.

Inscrita en una porción de la sociedad, es figura privilegiada de la cercanía de la Diócesis y de la Iglesia a los creyentes e increyentes de esta porción. Es «*la Iglesia misma que vive en medio de las casas de sus hijos e hijas*». ¹⁰² Esta misma cercanía la hace muy apta para acoger cordialmente y favorecer, sin excluir a nadie, relaciones de familiaridad y proximidad entre sus miembros, al menos entre los más vinculados. Tiene las antenas levantadas para registrar lo que sucede en su entorno, para detectar las necesidades y sufrimientos de la gente y para establecer diálogo y colaboración con grupos e iniciativas cívicas próximas a ella. Si antes el territorio vivía a la sombra del campanario, hoy la parroquia se siente urgida a situarse en los diversos «territorios» de la vida de las personas. Si no existieran las parroquias y centros eclesiales análogos, la Diócesis, su vida religiosa, sería inmensamente más pobre.

Pero la parroquia es hoy tan necesaria como insuficiente. Se ha acabado el tiempo de la parroquia auto-suficiente. Las parroquias, incluso las más nutridas, no son hoy capaces de ofrecer por sí solas toda la variedad de servicios y estímulos para nutrir la fe y la eclesialidad de los practicantes, alimentar su compromiso cívico y alumbrar iniciativas misioneras. Por la movilidad característica del actual modo de vivir, los límites parroquiales se desdibujan. Este fenómeno hace más necesaria la acción concertada de las parroquias. La autarquía parroquial es no sólo un fenómeno que contradice a la comunión corresponsable de las parroquias entre sí, sino que compromete su eficacia pastoral.

La evangelización requiere una auténtica articulación de parroquias y centros análogos que vaya más allá de una buena vecindad y de puntuales ayudas mutuas. Tal articulación no pretende laminar las parroquias ni los centros no parroquiales, sino potenciarlos al hacerlos converger. Complementándose mutuamente responden a su naturaleza y a su misión mucho mejor que pretendiendo ser autosuficientes. Siempre quedará al cargo de la parroquia originaria al menos un núcleo de tareas básicas: la catequesis infantil, la celebración de la Eucaristía, de los demás sacramentos y de las exequias, la relación con los enfermos y los ancianos, las responsabilidades en el decoro del templo y las dependencias pastorales, el contacto con las familias, las devociones específicas.

3.2. *Las Unidades Pastorales o supraparroquiales*

79. Precisamente para responder a estas insuficiencias de la parroquia, mejorar la calidad evangelizadora y aprovechar al máximo nuestros mermados recursos pastorales, nuestras diócesis se han embarcado en la creación de Unidades Pastorales supraparroquiales que articulen entre sí en una unidad mayor varias parroquias, centros eclesiales de pastoral, colegios, obras de religiosos y asociaciones apostólicas. Tenemos todavía muchos puntos oscuros respecto a la concreta plasmación futura de estas

¹⁰² JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, n. 26.

Unidades Pastorales. A medida que avancen simultáneamente la reflexión teórica y la experiencia práctica, iremos esclareciendo las preguntas y quizás modificando nuestras praxis.

Una Unidad Pastoral no es un simple conglomerado de parroquias yuxtapuestas a las que hoy atienden pastoralmente uno o dos presbíteros porque la penuria de los sacerdotes así lo requiere. Es un conjunto articulado de parroquias y otros centros eclesiales que se integran entre sí para complementarse y realizar unidas lo que no pueden realizar por separado. Y para hacerlo con un estilo nuevo: espiritual, comunitario, evangelizador, corresponsable, personalizado, preocupado de la preparación de los evangelizadores. Tiene un territorio definido, un presbítero coordinador, un equipo pastoral, un proyecto.

Las Unidades Pastorales no suplantán a los Arciprestazgos, que siguen cumpliendo las funciones que les asigna la legislación de la Iglesia (cfr. can. 533 ss.). Tales funciones no llegan hoy a cubrir las insuficiencias de las parroquias ni a optimizar la eficacia pastoral que pueda extraer de ellas una organización menos extensa y más cercana, como la Unidad Pastoral.

Las Unidades Pastorales reclaman una adaptación flexible tanto a los responsables pastorales de las parroquias y de otros centros como a los feligreses. A estos les resulta laborioso apearse de su fuerte sentimiento de pertenencia exclusiva a «su parroquia», asumir también la movilidad a la que les obligan en ocasiones los cambios introducidos y pasar de su condición de simples destinatarios de los ministerios pastorales a activos colaboradores. Algunos presbíteros desconfían de la suerte futura de estas nuevas estructuras. A algunos otros les cuesta compartir con otros la responsabilidad de «su» parroquia, entrar en la disciplina de un equipo. Son resistencias comprensibles y superables.

3.3. *El equipo pastoral o ministerial*

80. Es pieza clave en la estructura y el funcionamiento de la Unidad Pastoral. El obispo transmite a un grupo de creyentes presididos por un presbítero el encargo de ofrecer a toda la Unidad Pastoral los servicios necesarios para su vida y misión. El equipo se compone de presbíteros, laicos y religiosos que asumen, según su condición y sus carismas, diversos ministerios para construir la comunidad e impulsar la misión. Está presidido por un presbítero, habilitado por el sacramento del Orden para representar a Cristo Pastor y, por tanto, para ser coordinador de los servicios de la Palabra, el Culto y la Caridad.

Los miembros del Equipo no son sólo ni primariamente un equipo de trabajo, sino, en alguna forma real, una pequeña comunidad. Puesto que no es un simple grupo de

trabajo, una de las finalidades del equipo es el crecimiento integral (humano, espiritual, ministerial) de todos. Quien comparte sólo tarea acabará «quemándose» o, al menos, desalentándose.

Como tal grupo comunitario, el equipo se reúne periódicamente en torno al Señor para orar. Celebra encuentros de programación y de evaluación de su trabajo y del de sus colaboradores. Comparte la fiesta y el dolor, los logros y los fracasos en el trabajo común. Cada uno de sus miembros es corresponsable de la totalidad, aunque tenga su área precisa de responsabilidad propia.

Las relaciones mutuas entre los miembros del equipo son un factor muy relevante. Aquí suele residir con frecuencia el vigor y la cohesión o el caballo de batalla de los equipos pastorales. Son muy importantes la libertad de comunicación y la manera de afrontar y gestionar los ineludibles conflictos.

La misión del presbítero coordinador es capital. A él corresponde especialmente ser el eje de la comunión y procurar que todos sean reconocidos y se sientan miembros apreciados y valorados en el equipo. Lejos de realizar un seguimiento minucioso de las tareas encomendadas a cada uno de los componentes del equipo, ha de saber confiar en ellos, sin dejarse llevar por un movimiento espontáneo de responsabilidad desmedida que pretende tenerlo «todo bajo control». Las funciones asumidas por los miembros del equipo no deben tampoco confinarle en los trabajos de coordinación ni separarlo del trato directo con los feligreses y sus problemas. El consejo personal y el cultivo de nuevas vocaciones para diversos ministerios (sin olvidar las vocaciones al presbiterado y a la vida consagrada) han de ocupar una parte notable de su tiempo y de su corazón de pastor.

3.4. *Impulsar asociaciones y movimientos laicales*

81. La comunicación de la Iglesia con el mundo ha de realizarse sobre todo por medio del laicado. Una actitud positiva de diálogo con el mundo ayuda a evitar la tentación de colocar a la misma Iglesia en el centro de nuestra atención, mostrándonos más preocupados por la organización de nuestros grupos y comunidades que por el anuncio del Evangelio a todos los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Una Iglesia enviada por su Señor al mundo necesita reconocer y subrayar el peso específico del laicado. Considerar al laicado como principal agente de evangelización misionera, exige prestar la debida atención a la llamada «pastoral de ambientes». Ella expresa de manera óptima la vocación de presencia transformadora de los cristianos laicos en la sociedad.¹⁰³

Hoy muchas de nuestras parroquias y unidades pastorales no son capaces de ofrecer de una manera completa la formación que necesita un cristiano para actuar apostólicamente

en su ambiente profesional o cívico, ni pueden tampoco acompañar suficientemente a quienes viven un compromiso de fe encarnado en la acción transformadora de la sociedad. Hacen falta asociaciones, movimientos, que de una manera estable y bien organizada ofrezcan la ayuda necesaria para el crecimiento de los hombres y mujeres laicos en el área personal, familiar, profesional y social de su vocación cristiana.

Lo expresábamos en nuestra Carta Cuaresmal de 1996: sin asociaciones no podremos tener nunca en nuestras Iglesias un laicado debidamente formado y apostólicamente operante. *«En ellas han de encontrar los cristianos espacios de acogida y libertad para poder nutrir su fe, ganar en profundidad y coherencia en el seguimiento de Jesús, contrastar su praxis a la luz del Evangelio, crecer en espíritu comunitario y renovar su servicio a la misión evangelizadora, alentar con especial interés la presencia y el compromiso de sus miembros en la vida social para contribuir a la construcción de una sociedad mas justa y solidaria, en definitiva, más conforme con el reino de Dios».*¹⁰⁴ Las diversas formas de apostolado asociado y organizado constituyen una expresión y un testimonio de primer orden de la experiencia comunitaria de fe y de su dimensión evangelizadora. La multiplicación de iniciativas de apostolado laical de diverso signo es un regalo del Espíritu a las Iglesias particulares, para un mejor servicio a la evangelización.

Las asociaciones y movimientos laicales han de cuidar no sólo su inserción viva en la sociedad, sino también la calidad de sus vínculos eclesiales. La relación fraterna y la colaboración entre las asociaciones es un postulado elemental, no siempre fácil. El arraigo en la diócesis en la que están implantadas ha de ser cordial y confiado. Adaptar sus programas al Proyecto de pastoral la Iglesia local y participar activamente en los Encuentros diocesanos son dos señales muy valiosas de eclesialidad.

3.5. *Reavivar y reinsertar los carismas de la vida religiosa*

82. También la vida religiosa se siente hoy interpelada por los profundos cambios culturales y sociales que experimentamos. Muchas Congregaciones están compartiendo un *«proceso común de retorno a la experiencia fundacional de la comunidad, con el fin de reidentificarse y recuperar el objetivo primero, la primera intuición carismática. De este modo, la comunidad puede encontrar nuevas energías y ofrecer con radicalidad respuestas nuevas a los problemas actuales y a sus causa»* (Arbukle).

Esos procesos de renovación, requeridos por su misión en la Iglesia y en el mundo y promovidos incluso desde la debilidad, por la escasez de nuevas vocaciones religiosas,

¹⁰³ Cfr. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 18.

¹⁰⁴ OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *El laicado: Identidad cristiana y misión eclesial* (Carta pastoral, Cuaresma-Pascua, 1996), n. 66.

enriquecen la vida comunitaria de nuestras Iglesias y actualizan su potencial evangelizador. Hoy destacamos particularmente algunos aspectos.¹⁰⁵

La vida fraterna renovada en las comunidades religiosas es un valioso activo de experiencia comunitaria y evangelizadora en la vida de la Iglesia. Trabajar, como ya lo están haciendo en muchas comunidades, por renovar la vida en común puede ser punto de referencia para el movimiento comunitario que el Espíritu está suscitando en el Pueblo de Dios. Al mismo tiempo, en una sociedad tentada de individualismo, es una realidad del Reino interpeladora incluso para los no creyentes.

Los pobreza evangélica de religiosas y religiosos, vivida con radicalidad, nos ayuda a todos a descubrir el valor y la alegría de una vida austera, sencilla, fraterna y servicial, especialmente sensible a la justicia social y a la solidaridad. Sobre todo las congregaciones que atienden a los pobres, a enfermos o ancianos, dan un testimonio de amor gratuito y abnegado hacia quienes son poco valorados en la sociedad. Ayudan a la comunidad cristiana a reconocerlos como «los primeros». Fieles al carisma fundacional, al escuchar la interpelación de los pobres de nuestros días impulsan una Iglesia más pobre y más cercana a los pobres. Esa vida decididamente comprometida en el servicio y la defensa de los más abandonados resulta especialmente significativa para toda la sociedad.

Las comunidades de vida religiosa dedicadas especialmente a la oración aportan a la actividad apostólica de la Iglesia un valioso refuerzo y una constante llamada a trascender la perspectiva inmediata de nuestros proyectos y la confianza excesiva en nuestros esfuerzos, abriéndonos a contemplar los planes de Dios en la experiencia gratuita de sus dones. Son para nuestras Iglesias memoria viva de que *«la oración es el alma de todo apostolado»*. Recordamos lo que ya subrayamos en una carta pastoral anterior: *«Por otra parte, ¡cuánto podéis aportar hoy las comunidades contemplativas a la evangelización, si sabéis unir a vuestro testimonio de vida consagrada a la oración y la alabanza a Dios, la acogida sencilla y cordial a quienes se os acercan buscando “a tientes” al verdadero Dios»*.¹⁰⁶

Los institutos religiosos dedicados a la enseñanza, se esfuerzan por formar con padres, educadores y alumnos una comunidad educativa en clima de corresponsabilidad y de relaciones mutuas verdaderamente fraternas. Tal comunidad constituye una importante plataforma de compromiso, a la vez eclesial y cívico, en el mundo de la cultura. El trabajo de colaboración entre distintas congregaciones y con las Iglesias locales, así como la asociación del laicado en proyectos educativos de futuro, contribuyen a

¹⁰⁵ OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *La Iglesia, comunidad evangelizadora* (Carta Pastoral, Cuaresma, 1983), nn. 62-67.

¹⁰⁶ OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA, *Evangelizar en tiempos de increencia* (Carta Pastoral, Pascua de Resurrección, 1994), n. 82.

mantener la identidad de la escuela cristiana como espacio de evangelización por el diálogo de la fe con la cultura y sensibilidad de nuestro tiempo.

Sabemos bien que el carisma religioso es, en su variedad multiforme, un gran regalo del Espíritu Santo a la Iglesia. Queremos respetar este regalo en lo que es, sin forzarle a ser lo que no es. Queremos, al mismo tiempo, injertarlo en el tronco de nuestras Iglesias diversas, necesitado de revitalización.

CONCLUSIÓN

83. En este día del Miércoles de Ceniza iniciamos el itinerario de nuestra conversión cuaresmal. La misma Carta Pastoral ha seguido los pasos de la conversión. En el primer capítulo nos hemos preguntado cómo estamos. Hemos descubierto aspectos luminosos, pero también sombríos. En el segundo capítulo hemos vuelto a preguntarnos por qué estamos así y comprobado que estamos modelados por una cultura que ha debilitado al sujeto eclesial. Hemos identificado algunas de nuestras heridas. En el tercero nos hemos planteado la cuestión: ¿qué nos dice Dios en esta situación? Hemos percibido una llamada a convertir nuestras personas, nuestras comunidades, nuestras instituciones, nuestras actitudes ante el mundo, ante la misma Iglesia, ante Dios. En el cuarto capítulo nos hemos interrogado: ¿qué hacer en esta encrucijada? Hemos formulado unas opciones que orienten nuestras decisiones concretas. En el quinto nos hemos cuestionado cómo hacerlo y esbozado algunos apuntes prácticos.

Ahora nos toca a vosotros y a nosotros plasmar esta conversión sobre el papel en una conversión en la realidad. La Iglesia entera viene en nuestra ayuda. La Palabra que ella nos brinda abundantemente en la Cuaresma nos iluminará y nos reblandecerá ante Dios. La Eucaristía diaria durante las seis semanas del itinerario penitencial, irá fortificando nuestra decisión de dar un paso firme en el camino de la conversión. El Sacramento de la Reconciliación al que nos acercaremos con humildad y confianza, pero también con propósito de cambio, irá madurando nuestro retorno a Dios, al Evangelio, a la comunidad, a la sociedad, a los pobres.

No olvidaremos, en fin, ninguna de las tres especiales recomendaciones de la Iglesia para este tiempo de gracia. Queremos orar porque sin oración la conversión no pasa de ser una veleidad. Nos proponemos llevar una vida sobria, conscientes de que la sobriedad ayuda a que emerja en nosotros el deseo de Dios. Practicaremos la misericordia con los pobres y débiles de nuestra sociedad y de otros lugares del mundo porque ser sensibles a los hombres nos humaniza y, sobre todo, porque quien ha recibido la Misericordia de Dios a manos llenas no tiene vergüenza si no la practica generosamente.

María, Madre del Señor y Virgen Inmaculada, acompañó, iluminó y confortó a la primera comunidad cristiana con su testimonio y su palabra. Deseamos que nos acompañe igualmente en nuestro itinerario de conversión y renovación cuaresmal. Así llegaremos a la Pascua bien dispuestos a «morir y resucitar con Él».

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria

9 de febrero de 2005

Miércoles de Ceniza

† **Fernando**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela

† **Ricardo**, Obispo de Bilbao

† **Juan María**, Obispo de San Sebastián

† **Miguel**, Obispo de Vitoria

† **Carmelo**, Obispo Auxiliar de Bilbao